

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo.

In **Norteamérica:** Los materiales son enviados en pequeñas cantidades a individuos con el franqueo pagado y sin cargo alguno..

Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica.

No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

© Copyright 2008 Chapel Library.

EN LOS PASOS DEL CORDERO

G. Steinberger (1915)

Contenido

| | |
|---|----|
| Prólogo | 2 |
| 1. El camino | |
| Introducción | 2 |
| 1. El camino del Cordero es, ante todo, un camino preparado | 3 |
| 2. El camino del Cordero nos trae paz permanente..... | 3 |
| 3. En el Camino del Cordero vivimos una vida fructífera | 4 |
| 4. En el Camino del Cordero ganamos la corona del victorioso..... | 5 |
| 5. El Camino del Cordero es el único camino a la gloria..... | 6 |
| 2. La luz en el camino | |
| 1. El Cordero nos enseña a amar | 8 |
| 2. El Cordero nos enseña a servir | 9 |
| 3. El Cordero nos enseña a “soportar todo” | 10 |
| 4. El Cordero nos enseña a ser humildes..... | 11 |
| 5. El Cordero nos enseña a negarnos a nosotros mismos..... | 12 |
| 6. El Cordero nos enseña a estar quietos..... | 16 |
| 7. El Cordero nos enseña a sufrir | 17 |
| 8. El Cordero nos enseña a ser obedientes | 18 |
| 9. El Cordero nos enseña a tener fe..... | 19 |
| 10. El Cordero nos enseña a trabajar | 20 |
| 3. La meta del camino..... | 21 |
| 4. El que viene..... | 23 |

Traducido al inglés de la edición noruega por Bernhard Christensen. Reimpreso con permiso.

Copyright© 1936. The Lutheran Free Church Publishing Company, Minneapolis, Minnesota.

Hay a su disposición una Guía de Estudio para este libro. Para recibir dicha guía u otros **cursos de estudio**, por favor póngase directamente en contacto con:

Mount Zion Bible Institute

2603 West Wright Street • Pensacola, FL 32505 USA

teléfono: (850) 438-1037 • fax: (850) 438-0227

school@mountzion.org (en inglés únicamente)

PRÓLOGO

No sé de otro libro devocional que haya yo leído y vuelto a leer tantas veces. Es raro encontrar una obra tan llena de palabras de vida eterna. A través de muchos años de cruel sufrimiento, su autor aprendió a ver al Salvador como el Cordero de Dios, y a andar “en los pasos del Cordero”.

—O. Hallesby; *Vinderen, Noruega, febrero del 1915*

El prólogo que acaba de leer lo escribí treinta años atrás para la primera edición de este libro. Hoy no tengo nada que quitar de esa recomendación, ni nada que agregar. Mi único deseo es que este libro, con sus tranquilos arroyuelos de bendición, pueda encontrar su camino hacia adelante y hacia el interior de las almas que sufren.

—O. Hallesby; *Vinderen, Noruega; marzo del 1935*

1. EL CAMINO

“Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va”.

—*Apocalipsis 14:4*

“El nombre de este camino es: En los pasos del Cordero.

*Allí aprendemos a comprender el significado de la Cruz,
a entender su poder y a andar en su sombra...*

*El significado más profundo de la Cruz
es renunciar al propio ‘Yo’”.*

Introducción

Los pasos del Cordero de Dios marcan el único camino por el cual es posible un progreso espiritual auténtico. Es la senda donde encontramos una paz duradera, donde vivimos una vida fructífera, donde tenemos victorias espirituales, donde obtenemos la meta de gloria. Todo el que sigue al Cordero en su camino llega finalmente a donde está el Cordero mismo. Y el Cordero está en medio del trono. Ningún otro camino lleva a él.

Con frecuencia se proclama el camino a una salvación total a través de Cristo —y esto debe seguir haciéndose con fidelidad— pero el camino por el cual esa fe salvadora puede plasmarse en una vida cotidiana práctica ha recibido mucho menos atención. Este camino es el camino del Cordero.

Muchas veces, nosotros mismos no llegamos a comprender nuestra propia vida, nuestra propia senda; “damos manotazos en el aire” una y otra vez porque no hemos aprendido a conocer el secreto del Cordero y su camino de vida. Aun antes de Pentecostés, Pedro era un alma dedicada y honesta, pero no comprendía que su Maestro tenía que vivir y morir como un Cordero. Por lo tanto, lo negó.

En el vivir cristiano, nuestra relación es con una Persona, no con una doctrina. Él nos dejó un ejemplo. Las doctrinas pueden desviarnos, y podemos cansarnos de ellas, pero nunca nos cansamos de levantar nuestra vista y contemplar al Cordero y de andar en sus pasos. Adoremos por toda la eternidad al Padre porque nos ha dado al Cordero, ino sólo como una ofrenda por el pecado, sino como un guía! Y qué bendición es esto para nosotros, especialmente en nuestra época cuando tantas voces conflictivas claman: “¡Aquí está el Cristo!” y “¡Ven! ¡Está aquí!”

1. El camino del Cordero es, ante todo, un camino preparado

Los pies santos del Salvador han andado por él. Aunque a veces parezca incierto y oscuro, ya ha sido abierto y preparado por él, y esto nos basta. El camino, por lo tanto no es uno desconocido, porque todo el tiempo vemos en él las propias huellas del Maestro. En todas nuestras dificultades –en el hogar, en el mundo, en la pobreza, en la humildad–en todas partes vemos las huellas de sus pies. Todos nuestros caminos le “son conocidos” (Sal. 139:3). “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb. 2:18).

En este camino, el alma ya no se queja: “¡No me comprenden! ¡Me juzgan injustamente!” Él, nuestro Sumo Sacerdote, nos comprende, y esto trae paz a nuestro corazón. Las ovejas no tratan de ser comprendidas por nadie más que su pastor; basta con ver sus huellas y oír su voz. Cuando seguimos al Cordero, nada puede interponerse en nuestro camino ni impedir nuestro progreso.

Lo que necesitamos para subir hasta Jerusalén (al Calvario, Mateo 21:1-3), o sea, lo que necesitamos para andar en el camino de la muerte, será, al final de cuentas, una cuestión que nosotros mismos elijamos. Si estamos dispuestos a seguir al Cordero, todas nuestras sendas estarán preparadas, porque en cada lugar y por cada camino existe una abundancia de oportunidades para morir al yo. El que procura esto nunca sufrirá una desilusión. Encontrará lo que busca, y éste es el secreto de la felicidad.

El que sigue al Cordero ha renunciado una vez para siempre a su propia voluntad, a sus propios caminos. No tiene propósitos ni intereses propios. Deja que su Pastor cancele sus deseos y planes. Observa y comprende que en este camino ya no hay lugar para una vida egocéntrica; ¡y el que juzga su propia vida y renuncia a ella puede fácilmente ser tolerante hacia la vida de los demás! Así, en este camino uno no se ofende con facilidad. Cuando tropezamos por culpa de los demás no estamos caminando en los pasos del Cordero; no somos hijos del día sino de la noche (Juan 11:9, 10). Decir que esta o aquella persona se interpone en mi camino es tan absurdo como decir que esta o aquella persona impide que el sol brille sobre mí.

En cuanto a este problema en la vida cristiana, alguien ha dicho: “El cristiano nunca se siente incomprendido, a ningún cristiano auténtico jamás lo han ‘descuidado’. Al contrario, el cristiano sabe que él descuida diariamente muchas cosas en su relación con los demás”. Aquel que sigue al Cordero no puede esperar que todos lo comprendan. Hay sendas por las que el creyente tiene que andar solo con su Dios. Cuando Abraham fue con su hijo al Monte Moriah, fue solo. Dejó a su esposa en casa y a sus siervos al pie de la montaña. Ninguno de ellos hubiera comprendido la senda por la que tenía que andar. Por lo tanto, no les dijo que se iba para ofrecer un sacrificio, sino para adorar al Señor. Pero, ¿qué decimos nosotros en una situación similar? ¡Seamos honestos, y admitamos que ya no comprendemos el Camino del Cordero! Somos como los niños que clamaban “¡Hosanna! ¡Hosanna!” cuando Cristo entró en Jerusalén, pero no se daban cuenta que el Rey tenía que pasar por otra puerta de la ciudad para morir en la cruz, y que nos llama a compartir su vituperio (Heb. 13:13).

Los primeros cristianos conocían mucho mejor este camino porque veían a muchos que caminaban por él, algunos que con gozo vendían sus posesiones y repartían a todos, otros que vivían en cuevas y daban no sólo sus posesiones sino también sus vidas. La razón era que no querían estar en una posición por encima del Cordero. Identificamos las ramas de la vid por su unión con la vid misma. Hagamos un corte en la vid o la rama en cualquier lugar, y veremos que por todas partes fluye la misma savia que da vida. Lo que hace que nuestra unión con el Salvador y nuestro “permanecer en él” sea tan difícil es que queremos ir por otro camino. No obstante, no hay otro camino más bendecido sobre la tierra que la senda del Cordero donde sus “nubes destilan grosuras” (Sal. 65:11).

2. El camino del Cordero nos trae paz permanente

Allí encontramos descanso. Encontramos descanso en la misma proporción en que lo seguimos en su camino. Y la conservamos siempre que sigamos siendo uno con él.

Esta paz no es algo por la que tenemos que esforzarnos ni orar; nos es dada en cuanto tomamos el yugo de él sobre nosotros y le seguimos (Mat. 11:29). La Biblia hace una distinción entre la “paz con Dios” (Rom. 5:1) y la “paz de Dios” (Fil. 4:7). No son una misma cosa. La paz con Dios, o la paz en la conciencia de uno, es el don que Dios da al pecador en cuanto acude a la cruz. La paz de Dios, o paz en el corazón, es una bendición que uno recibe a través de la obediencia a los mandatos de Dios (Isa. 48:18). Jesús también distingue entre estas dos experiencias en su bien conocida invitación a los que están cansados (Mat. 11:28, 29). Habla primero del descanso que dará a los que vienen a él, y luego del descanso que encuentran los que le siguen.

En el Camino del Cordero encontramos una paz que permanece, porque allí no sólo aprendemos qué hacer con nuestros pecados sino también que hacer con nuestras dificultades, ya sea que conciernan a nuestra propia persona, nuestra familia o una obra de la cual somos responsables en el Reino de Dios. Esto hizo María. Dejó que Jesús interviniera y respondiera a la queja de su hermana (Lucas 10:38-42). Y más adelante, cuando Judas dijo sus palabras acusadoras, nuevamente dejó que el Maestro respondiera en su lugar (Juan 12:1-5). Haberse convertido a Dios y todavía estar cargados de cuidados, de envidia o de un espíritu maltrecho, es algo totalmente anormal. Tales almas carecen de esa paz en el corazón que no sólo sobrepasa todo entendimiento sino que también vence todas las pruebas.

Pablo escribe a los tesalonicenses: “Y el mismo Señor de paz os dé siempre paz en toda manera” (2 Tes. 3:16). ¿Puede realmente dar paz en toda manera? ¡Sí, por cierto que sí! Puede dar paz en lo amargo al igual que en lo dulce, en la tormenta al igual que en la calma, en la adversidad al igual que en la prosperidad. Aquel a quien seguimos es el Señor de Paz. Si buscamos paz fuera de él la podemos perder en cualquier momento, o por lo menos la perturbamos. Pero la paz que puede ser perturbada no es una paz verdadera. Para el cristiano auténtico, los años pueden ir y venir, con el correr del tiempo pueden cambiar sus condiciones de vida, pero nunca su paz. Ésta no cambia así como Jesús mismo no cambia. ¡Nunca dudemos de la posibilidad de poseer esa paz, ni tengamos miedo de andar en el Camino en el cual se encuentra!

Este camino se llama: En los pasos del Cordero. Allí aprendemos a comprender el significado de la cruz, a entender su poder y a andar en su sombra. El significado más profundo de la cruz es renunciar al “yo”. Sólo cuando este tirano sombrío ha sido herido de muerte puede reinar una paz sin interrupciones. Y entonces ya no tratamos de preservar aquello que está condenado a muerte. Y no queremos, como Marta, conservar nuestra propia autoridad, sino que colocamos contentos el gobierno sobre los hombros del Príncipe de Paz (Isa. 9:6). Entonces nuestra paz se va profundizando y aumentando más y más. Porque hasta donde se extiende su gobierno, se extiende también nuestra paz. Jesús vivió no para sí mismo sino para su Padre celestial. Por esta razón, su paz no se vio interrumpida cuando los suyos no lo recibieron, cuando estaban listos para apedrearlo y aun cuando lo clavaron en la cruz de la ignominia.

3. En el Camino del Cordero vivimos una vida fructífera

Como un cordero

Jesús nos ayudó por medio de sus palabras. Nos ayudó con su vida santa. Pero sobre todo, nos ayudó como el Cordero. Así como el grano de trigo que dejó que lo echaran en la tierra para morir, el Cordero dio mucho fruto. Perfeccionado a través del sufrimiento y coronado por la muerte, trajo muchos hijos a la gloria (Heb. 2). Como un Cordero llevado al matadero, fue el Salvador perfecto. Sin el sufrimiento de la muerte nunca lo hubiera sido. Tratemos únicamente de imaginar su vida aparte de su carácter como un Cordero. ¿Qué quedaría de él? Un profeta con palabras y hechos poderosos, como dijeron los discípulos en Emaús. Pero como tal, no nos podía salvar.

Igualmente, ¡tratemos de imaginar el carácter del Cordero aparte de nuestra vida! ¿Cuánto quedaría de nuestro cristianismo? Sólo como un Cordero podía Jesús ayudar y salvar. Sólo como corderos podemos nosotros ayudar a nuestros prójimos a ser salvos. Por lo tanto, Jesús envió a sus discípulos como corderos. Los corderos son fructíferos porque renuncian a lo suyo y dejan que lo suyo les sea quitado. “Como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció” (Isa. 53:7).

Fruto

El fruto es más que tener resultados beneficiosos. El fruto se reproduce. Podemos saber si nuestras enseñanzas y nuestra vida son realmente luz según generan y maduran o no el fruto espiritual en otros. Sólo donde hay vida puede haber fruto; y, según Juan 6:47-59, la vida, la vida eterna, existe sólo cuando uno ha estado dispuesto a morir junto con el Cordero. Esto es así porque la victoria más grande de nuestro Señor resulta cuando encuentra sobre la tierra a los que comparten con él su muerte. Tales personas enseñan por medio de su ejemplo visible el tipo de enseñanza que todos sabemos es el más eficaz.

Hoy un pastor me escribió: “Puedo ser una bendición para mi congregación sólo cuando vivo a Cristo delante de sus ojos. Creo que este es el tipo de predicación más efectivo. Siempre me ha atraído a mí personalmente y sigue haciéndolo. El que tiene sed se refresca con gozo en una fuente que fluye agua fresca. ¿Y acaso no somos llamados nosotros ‘fuentes’?” ¡Sí, fuentes de agua viva (Juan 4:14)!

Servicio

No basta con que tengamos vida, tenemos que tenerla con más abundancia (Juan 10:10 y 7:37). Pero la vida de Cristo puede ser revelada únicamente por aquellos que han muerto y cuya “vida está escondida en Dios” (Col. 3:3). Isaías 53:11 dice concerniente al Cordero que: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho”. Aquí tenemos aflicciones escondidas y fruto visible. Los seguidores del Cordero pueden hacer este tipo de trabajo porque están dispuestos a vivir una vida escondida, y porque ellos, como seguidores del Cordero, tienen el corazón de un pastor. ¡Cuánto necesitamos personas que puedan hacer obras secretas del alma! Estas dan fortaleza, aplomo y bendición a toda nuestra actividad pública. Uno nota enseguida el efecto en una congregación donde nadie vivía una vida de oración.

–Con mucho gusto haría algo para el Señor –me dijo un cristiano–, pero soy sordo y no puedo relacionarme con la gente.

Le contesté:

–Háblale a tu Dios acerca de estas almas, háblale en secreto, y él te recompensará en público.

¿Sabe cómo recibió el Cordero la semilla de poder espiritual creativo? Puso “su vida en expiación por el pecado” (Isa 53:10). Es decir, cargó con la culpa de otros y la cargó como si hubiera sido suya. De la misma manera hicieron Esdras, Nehemías y Daniel. Dijeron: “¡Hemos pecado!” Ese es el Camino del Cordero.

Siendo un cordero, uno puede hacer todo tipo de trabajo. Ningún trabajo es demasiado humilde para los corderos, porque todo lo que hacen, lo hacen para la gloria de Dios. Muchas hijas podrían ganar para Cristo a sus mamás con más rapidez si, en lugar de decirle constantemente que debería convertirse, le lavaran los platos, le limpiaran la casa, demostrándoles así lo que es realmente la conversión. Tenemos suficientes personas para hacer grandes cosas, pero, ¿estamos dispuestos a hacer cosas pequeñas? Comencemos con las cosas pequeñas, y veremos que no sólo encontraremos suficiente trabajo sino que también cosecharemos una bendición.

Renunciemos a todos los “derechos”

En Éxodo 12 leemos: “Tómese cada uno... un cordero por familia”. Cada uno de nosotros tiene que asegurarse que haya un cordero para su familia ¿Cómo podemos hacerlo? ¡Regocijándonos en el Cordero en nuestro hogar! ¿Y cuándo es posible esto? Cuando nosotros somos como corderos. El espíritu del cordero siempre es atractivo, su naturaleza es victoriosa sobre todos los obstáculos. Leemos en Isaías 42 acerca del Cordero de Dios: “No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia”.

¿Y cómo logró esto? No por medio de palabras, sino por medio de un sacrificio: “El que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado”.

¿Cómo “establecemos justicia” en nuestro propio hogar? Lo hacemos cuando, sin murmurar, podemos renunciar a nuestros propios derechos. Conozco a una viuda con diez hijos, todos ellos convertidos. Su hogar es un pedacito de cielo sobre la tierra. En él nunca se oyen regaños, quejas ni órdenes imperiosas. Cada integrante del hogar lee los deseos de los demás en sus ojos. ¿Y cómo es que este hogar ha llegado a ser así? No por palabras, pues la mamá nunca le ha dicho a los hijos: “Tienen que convertirse”. Por medio de negarse a sí misma: un vivir altruista ha hecho que sus seres queridos valoren al Cordero.¹ Visito este hogar con toda la frecuencia que puedo, pero no para enseñar, sino para aprender.

4. En el Camino del Cordero ganamos la corona del victorioso

Fue como un cordero que nuestro Salvador venció, no como el Señor del cielo y la tierra “porque él dijo y fue hecho; él mandó, y existió”. Envío a sus discípulos como corderos para vencer a un mundo que no lo conocía sino que se oponían implacablemente a él, ¡y lo conquistaron! Cuando Jacob fue vencido, venció y se convirtió en Israel. Ser débil no es lo mismo que tropezar y caer, sino más bien es ser impotente e indefenso, no ser nada en sí mismo. Entonces es que hay lugar para el poder de Dios. En 1 Corintios 1:25, Pablo dice que “lo débil de Dios es más

¹ Nota del editor: este comentario fuera de contexto puede interpretarse como significando que la salvación (o aun la obediencia) de los hijos depende del tipo de cuidado que reciben de sus padres. Sabemos que esto no es cierto, porque los que son salvos han sido “escogidos antes de la fundación del mundo” y no ha sido por ningún mérito propio. Dios es soberano. Padres de familia consagrados a veces tienen hijos que no son regenerados ni siendo adultos. Y los padres impíos, descuidados, a veces tienen la bendición de hijos que son salvos y llegan a ser hombres y mujeres maduros y piadosos. Estas cosas están en las manos de Dios y sobrepasan nuestro entendimiento. El punto es este: tenemos que educar a nuestros hijos en los caminos de Dios (nuestra responsabilidad), y confiarle los resultados al Señor.

fuerte que los hombres”. Aquí se le atribuye debilidad a Dios. “Sostiene Jehová a todos los que caen”, dice David. Dios siempre defiende al débil.

Hay una manera santa de ser derrotado; uno puede sufrir una derrota en nombre de Dios. María se sometió a su hermana Marta. Fue paciente con ésta cuando la regañó. Ana se sometió a las burlas de Penina, dejó que la maltratara. La vida entera de Jesús, desde el primer día hasta la muerte en la cruz, no fue más que sumisión, pero la aguantó en nombre de Dios. Y paso a paso esto le dio la victoria. Así fue que era tan poderosa “la gracia de Dios [que] era sobre él”, y Dios era su ayuda segura. Así fue que pasó de victoria a victoria; y donde descendió a las profundidades más profundas, obtuvo la victoria más perfecta y gloriosa. Con sus manos y pies atravesados de clavos, pero con un corazón lleno de obediencia, venció al pecado, y al mundo, y al infierno.

En el Monte Sion, donde como el más despreciado y menospreciado, sufrió la derrota, Juan lo vio de pie como el Señor de Victoria, y a su lado estaba el fruto de su muerte: ciento cuarenta y cuatro mil en cuyas frentes estaban escritos su nombre y el del Padre. Cuando en la actualidad dejamos que nos “venzan” en su nombre, tarde o temprano recibiremos los frutos de la victoria. Cuando José fue puesto en la cárcel, cuando Daniel y sus amigos fueron arrojados en el foso de los leones, no parecían victoriosos, no obstante, lo eran. Aquí la debilidad de Dios fue más fuerte que los hombres, más fuerte que un imperio de ciento veinte provincias. ¿Y qué fue revelado en el jardín de Getsemaní, ante el concilio de los judíos, ante el tribunal de Pilatos, en mano de los soldados y en la cruz? ¡La debilidad de Dios, que es más fuerte que los hombres, sí más fuerte que todos los reinos de muerte!

Hebreos 11 nos da una visión de los héroes de la fe. El primero tuvo que dar su vida porque su hermano lo aborrecía, y en cuanto a los últimos dice: “Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados... errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas”. ¿Eran éstos héroes? ¡Sí, según el juicio de Dios! Está escrito que “sacaron fuerzas de debilidad” (11:34). ¿Qué significa esto? A través del sufrimiento llegaron a tener la capacidad de aguantar mucho sufrimiento, soportando se hicieron fuertes para soportar más, por ser vencidos aprendieron a vencer. Porque Jesús soportó a Judas tres años enteros, pudo clamar desde la cruz: “Padre, perdónalos”. Porque había tenido la experiencia de haber sido rechazado por los suyos, pudo soportar ser rechazado por todo un pueblo. De este modo, el Cordero se convirtió en un león.

5. El Camino del Cordero es el único camino a la gloria

Porque Jesús se humilló a sí mismo fue exaltado. Cuatro pasos hacia abajo lo llevaron a la gloria. Leemos en Filipenses 2:6-9:

1. *Renunció al privilegio de ser igual a Dios,*
2. *Se humilló a sí mismo,*
3. *Fue obediente hasta la muerte,*
4. *¡Sí, aun la muerte en la cruz!*

“Por lo cual Dios también lo exaltó a lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre”. Ese fue su camino a la gloria, y para nosotros también, no hay otro camino. Sólo el camino en los pasos del Cordero lleva al trono, ser glorificado como el Cordero es llegar a ser como el Cordero. No podemos llegar a ser como él como Hijo de Dios, como Rey del cielo y la tierra, en cambio somos llamados a ser como él siendo como corderos. Él es el molde según el cual Dios nos moldea.

Cuando Dios planeó crear al hombre, dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”. La imagen que se parece a él, al Hijo de Dios, es el ideal de Dios. Y nunca se ha apartado de este ideal. En Apocalipsis 19 lo vemos cumplido. Allí, se ve una gran multitud de pie junto al Cordero como su esposa, y su apariencia es semejante a la de él. Con frecuencia nos hemos detenido en la justificación, pero Dios no se detiene allí. “A los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Rom. 8:30). ¡Cuán glorioso es para nosotros el pensamiento de Dios; que seremos “hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Rom. 8:29)! ¿Cómo logramos esto? Tenemos la respuesta en el mismo capítulo: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Rom. 8:28). Saben que la mano del Señor guía su camino y que los lleva sólo en las sendas que son necesarias para su disciplina y crecimiento. Saben que sólo los que están de pie junto al Cordero se atreven a seguirlo. Por lo tanto, andan en su camino, aunque se tenga que decir de ellos: “Somos contados como ovejas de matadero” (Rom. 8:36). No pretenden dones y bendiciones, sólo lo pretenden a él. Dicen con Asaf: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (Sal. 73:25).

Para el pueblo de Israel, el desierto era el camino a la gloria, pero porque no estuvo dispuesto a seguir a su Dios a pesar de las dificultades y pruebas, la gloria se retiró de ellos. En el momento en que la gloria del pueblo de Dios debía haberse revelado con mayor claridad, murmuraron y se pusieron en contra de su voluntad, entristeciendo al Espíritu Santo. El pueblo de Israel fue llamado a ser un ejemplo de la fidelidad y el poder de Dios para todas las generaciones futuras. Pero no lograron el propósito de Dios para ellos, no estuvieron dispuestos a poner su confianza en Dios cuando andaban por la oscuridad, y por lo tanto tampoco lo siguieron en las horas de tribulación. ¿Le ha llevado Dios al desierto? ¿Le ha quitado todo aquello de lo cual dependía? Entonces, ¡la suya es una experiencia gloriosa! ¡Compruebe si esto no es más que un modo por el cual Dios le glorificará! No se quejes de lo que perdió, y no anhele volver a tenerlo, porque entonces será como Israel que quería dar marcha atrás y volver a Egipto. Dios le guiará hacia adelante. En lugar de antros de perdición te da Pan del Cielo, y en lugar del agua del Nilo, Agua de la Roca. Pero tiene que confiar en él también en el desierto, y en los días de oscuridad y dificultades. Esto es posible sólo para los que han perdido la seguridad en sí mismos en el desierto a donde Dios llama a sus hijos.

Dios no obliga a sus hijos a andar por estos caminos. Los atrae. “Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón. Y le daré sus viñas desde allí, y el valle de Acor por puerta de esperanza; y allí cantará como en los tiempos de su juventud, y... me llamarás Ishi [Mi marido]... Y quitaré de la tierra arco y espada y guerra, y te haré dormir segura” (Oseas 2:14-19). ¿Qué encontró Israel en este camino? Encontró más riquezas, una esperanza viviente, un gozo sin interrupciones, una comprensión más profunda, una paz más inclusiva, una seguridad tranquila, una limpieza más a fondo del alma y la comunión más íntima con su Dios. ¿Puede esto ser llamado desierto? No por aquellos como Moisés, que ven más allá del reproche, la recompensa; como David, que ven más allá del sufrimiento, al Salvador; como Jesús, que ve más allá de la cruz, la corona (Heb. 12:2). ¿Qué ve usted más allá de la deshonra, el sufrimiento y la cruz? ¿Ve las expansivas vistas de gloria que hay más allá de todos estos?

Cuando salió Judas, decidido a traicionar a Jesús, y la gota más amarga cayó en el cáliz de sufrimiento del Salvador, Jesús dijo: “Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él” (Juan 13:31). ¡Glorificado a través del sufrimiento! Cada sendero que procura evitar el sufrimiento que Dios ha enviado incluye esa misma cantidad de gloria perdida. Dios “a los humildes dará gracia”. Cada vez que le damos la espalda a una experiencia de humildad, le damos la espalda a su gracia. Cuánta gloria y gracia ya nos hemos perdido. Jesús no dio la espalda en la hora de tinieblas, sino que puso su agonía en la mano del Padre a fin de no perder la bendición que en ella había. Juan 17 dice: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo”. ¿De qué hora se trataba? Era la hora amarga en el Getsemaní y en el Calvario. ¿Qué esperaba de esta hora? ¡Transfiguración, gloria! Y no sufrió desilusión en esa espera. ¡Qué gloria infinita le han brindado el Getsemaní y el Gólgota! Millones de seres en el cielo, en la tierra, debajo de la tierra y en el mar cantan un canto nuevo: “¡El Cordero que fue inmolado es digno!”

¿Tiene usted también horas de tinieblas y amarguras? ¿Qué espera de ellas? ¿Qué pasen lo más pronto posible? No es por esta razón que le son dadas, sino para brindarle nueva gloria. ¡Estas son experiencias sagradas! Tenga mucho cuidado, entonces, consigo mismo y con los demás. No le dé la espalda a la obra del Joyero celestial, porque en horas como esas la faceta del diamante obtiene una nueva brillantez a fin de que brille de allí en adelante con más claridad aún. ¡Qué resplandor obtuvo Daniel por el foso de los leones, sus amigos por el horno de fuego, Ana por su paciencia con Penina y María por su silencio! Leemos en Proverbios 4:18: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto”. Los escalones por los cuales José bajó a la cárcel tienen para nosotros más esplendor que sus pasos hacia lo alto al trono de un rey. Lo que hace que los hombres de Dios sean tan grandes e impresionantes no es en primer lugar lo que han logrado. Es más bien que han podido, con la ayuda de Dios, pasar por las más grandes dificultades y las horas más tenebrosas; cuando, como Abraham, le entregan a Dios lo más querido que poseen; cuando, como Daniel, enfrentan valientemente los más grandes peligros y cuando, como Moisés, soportan aquello que es realmente imposible. De esta manera es como glorifican a Dios. Esa es la gloria que el Hijo de Dios constantemente busca. La gloria para él mismo no es lo que anhela.

2. LA LUZ EN EL CAMINO...

“El Cordero es su lumbrera.”—Apocalipsis 21:23

Dejemos que el Cordero sea hoy nuestra luz, porque “en tu luz veremos luz”. Desde hoy en adelante, acudamos a su escuela, porque el lugar que Dios ha señalado para sus santos es a los pies de Jesús (Deut. 33:3). Los “santos” son los que son dados a Dios y que se han dado a sí mismos a Dios. Acudamos a él como tales, aprendamos de él y andemos en su camino.

1. El Cordero nos enseña a amar

“Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1). ¿Cómo amó él? Amó a los suyos más que a sí mismo, y esto es realmente el “amor de Cristo”. El amor natural ama según su propia inclinación, el amor que la Ley manda ama porque Dios lo quiere. Ama porque es un deber y ama a sus prójimos como a sí mismo (Lucas 10:27). Pero el amor de Cristo ama a otros más que a sí mismo. ¡Cuánto nos falta para lograrlo! Muchas veces hemos comenzado a amar, pero pronto nos cansamos y somos infieles a esta tarea sagrada. Sólo en la escuela de Cristo aprendemos el verdadero significado del amor. Allí aprendemos a amar de la manera que ama Dios, a amar con ese amor que mora en el corazón mismo de Dios. No hay lugar donde el pecado vaya entrando sigilosamente con más frecuencia que en el área de los afectos. Uno hace menos daño por medio del odio que por medio del amor falso. Muchas veces nuestros enemigos no nos han lastimado tanto como nuestros “buenos amigos”.

Si anhelamos que crezca y prospere nuestro hombre interior, emprendamos una investigación a fondo de nosotros mismos y dejemos que nuestro corazón sea limpiado de toda impureza. El gran capítulo sobre el amor nos dice que el amor “se goza de la verdad” (1 Cor. 13:6).

¡El amor es verdad!

El amor busca constantemente lo eterno en su prójimo, y apunta hacia esto con gentileza y seriedad, y aun, de ser necesario, con una insistencia inquebrantable. El amor carnal es ciego, en cambio, el amor divino tiene los ojos abiertos para ver la verdad. El amor carnal ama a fin de ser amado. El amor verdadero ama sin esperar ningún agradecimiento. No considera lo que puede lograr para sí, sino más bien lo que puede producir para el Señor. El amor verdadero espera de Jesús sólo él mismo; y de los hombres, no su reconocimiento, aún menos su dinero, sino sólo su alma inmortal.

¡El amor es darse uno mismo!

Ama en todo el trayecto hasta la muerte, aun si es llevado a la cruz con el Maestro. El amor carnal también ama hasta la muerte, pero no hasta la muerte de Cristo sino hasta la muerte espiritual. ¡Ay, muchas amistades llevan a esto! Se reciben heridas que no pueden ser curadas en toda la vida. Antes se hablaban con amor acerca de todas las cosas. No podían vivir si no se veían todos los días. Pero después de algunos años, el amor ardiente se convirtió en odio amargo. El amor carnal siempre termina en odio. Al decir amor carnal no queremos decir amor sensual, sino el amor falso entre los que creen ser muy piadosos.

Dios, en su gracia, permite los embates de hasta una tormenta de reprensiones amargas, impías, y un viento polar helado, sin amor, sobre el edificio del amor. La casa mal edificada cae totalmente con un estruendo que se oye desde lejos. Donde uno deja de amar con el amor de Cristo, allí la impiedad, confusión y muerte son los resultados inevitables. Y sólo se puede aprender a amar a la manera de Dios en la escuela del Cordero.

¡El amor es obediencia!

¿Cuándo y cómo amamos a la manera de Dios? Para muchos, esta es una pregunta candente. Primera Juan 5:2 nos da una respuesta asombrosa: “En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos”. El que ama a Dios, por medio de su amor vincula a los hombres con Dios, no consigo mismo. Juan se regocijó cuando sus discípulos lo dejaron y siguieron a Jesús, porque amaba a Jesús. El que guarda los mandamientos de Dios, ama; porque por medio de su obediencia lleva a sus prójimos hacia el Camino de Dios, y esto es el verdadero amor. Tal amor al final vence y es comprendido, aun si a lo largo de toda su vida se lo pudo considerar como dureza. Toda amistad que no descansa sobre este fundamento es enemistad. En general, esta cuestión de cultivar amistades es un tema difícil. Se requiere mucha gracia y verdad de lo Alto. Muy pocos pueden decir como Padre de la Iglesia en la antigüedad que dijo de sí mismo y su amigo: “Nos conocíamos sólo de dos modos, uno como parte de la iglesia y el otro como maestros de la iglesia; hablábamos de sólo dos cosas: Dios y su Palabra”.

¡El amor es vida!

Sin amor, no podemos vivir. Así como nuestro espíritu fue creado para saber, nuestro corazón fue creado para amar. Nuestro corazón ha sido creado para amar igual como el pájaro ha sido creado para volar. El amor es el principio y el fin de nuestra vida. Es la luz del alma y la fuente de calor. El que peca contra el amor peca contra su propia vida. El amor es el poder más grande que hay. Es sólo mientras amamos que vivimos. Donde se despierta el amor, el oscuro tirano del ego muere. El amor es el lazo de la perfección, lo comprende todo, aun a Dios. El amor es el mandamiento que el Señor ha dado a los suyos.

El amor es la marca del nuevo nacimiento y la prueba de que nuestra fe es auténtica. Es un fruto del Espíritu Santo y compensa por la presencia de Jesús mismo. ¿Por qué razón tienen los hijos de Dios tan poco amor? Porque tienen tan poco del Espíritu Santo. ¿Cómo entonces hemos de obtener más del Espíritu? Empezando por amar más. Entonces el Trino Dios se coloca de nuestro lado porque es, ante todo, el Dios de amor. “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia” Col. 3:12). Vístete de misericordia y estarás como “vestido de ropa festiva, como si hubieras tomado el vino de la alegría y estuvieras refrescado por la paz del cielo, como si tuvieras pies de gacela, y brazos tan fuertes como los de Sansón”.

¿Piensas que el Buen Samaritano era un hombre feliz o miserable? ¿Quién estaría más cansado aquella noche, el sacerdote o el Samaritano? ¿Quién te parece estaría más contento, el que dio su dinero o el que se lo guardó en el bolsillo? ¡Ah, pobres ustedes los hijos de Dios que se paran y esperan el poder de lo alto, que siempre andan en busca de una paz más profunda y un gozo más abundante! ¡Empiecen por amar, y empezarán a vivir! Los corintios querían hacer algo extraordinario. Pero Pablo les enseñó un camino más excelente (1 Cor. 13), el camino en que:

*El amor todo lo sufre,
Todo lo cree,
Todo lo espera,
Todo lo soporta.*

No sólo algo, sino todo. Nadie puede negar que ese tipo de amor es algo extraordinario. No obstante, todos pueden tenerlo. La fe es el principio y el amor es la meta de nuestra vida. Ambos proceden de Dios y conducen a Dios. Dios nos ha dado una oportunidad tan magnífica de lograr gozo en la vida, por el mero hecho de que nos dio una oportunidad tan magnífica de amar. Porque todo lo que impulsa la práctica del amor, aumenta nuestra felicidad. ¡Ven, aprendamos del Cordero, para que veamos qué es el amor! ¡Dejemos que sea nuestra luz, él que nos amó hasta la muerte! El amor lleva al sufrimiento. El amor de Cristo lo llevó a la cruz. Por lo tanto, sólo puede amar, el que puede sufrir. Mientras esperamos gratitud por nuestro amor, no amamos con un corazón puro.

2. El Cordero nos enseña a servir

Sólo el que tiene conciencia de su nobleza en Cristo puede servir. Cuando Jesús supo que había salido de Dios y que volvía a Dios, puso a un lado su manto, tomó una toalla, se la ciñó y sirvió a sus discípulos. De esa manera ha dado un toque divino a todo acto de servicio. ¡El primer principio en su vida era que no había venido “para ser servido, sino para servir” (Mat. 20:28)! El que es nacido de Dios tiene la mente de Dios, y el que anhela un día estar a su lado, anda en su camino. Sólo en la escuela del Cordero se aprende a servir, y sólo los humildes pueden servir. Por eso los Padres de la Iglesia llamaban a la humildad “espíritu de un siervo”. ¿Con qué fin nos convertimos? “Para servir”, dice Pablo. ¿Para qué usará sus posesiones? ¡Para servir! ¡Ojalá todos los convertidos supieran esto! Entonces nuestras pobres sociedades misioneras no tendrían tantas necesidades. La Biblia nos muestra a Jesús ante todo en dos formas: la del Siervo y la del Cordero. “Mi Siervo era el nombre favorito que le daba Dios en el Antiguo Testamento.”

Nos sirvió con su Palabra.

Podía dar descanso al cansado, consolar al que sufría, incomodar a los demasiado seguros de sí mismos, castigar a los falsos y aconsejar a los que andaban por mal camino. “Tenía palabras de vida eterna”, dijo Pedro.

¿Cómo habla usted? ¿Puede, después de haber conversado con alguien, levantar su vista y decir: “Padre, planta profundamente lo que he dicho en su corazón para que crezca y dé fruto”? O quizá tenga que decir: “¡Perdóname, borra lo que dije!” ¿Qué clase de palabras dice? ¿Las que destruyen la vida o las que dan vida? Ninguna de sus palabras se pierde; vuelven, de una forma u otra, a usted y a otros.

Miriam le habló a Aarón de su hermano Moisés, y juntos hablaron en contra de él. Primero uno habla de su prójimo, luego en contra de él. Miriam le envenenó el alma a Aarón y causó que pecara. ¡Ah, esa pasión por las habladurías! Es un fuego que consume, y la enfermedad de la cual el pueblo de Dios más sufre. Cuando habla de los demás con su hermano, ¿deja caer veneno en su alma del cual no se puede escapar con facilidad? ¿Son las faltas ajenas cubiertas por su silencio o sus palabras? ¿Ayuda con el fin de que sus hermanos y hermanas sean salvos, o suscita y nutre con sus palabras los pecados y pasiones de otros? ¿También usted se dedica a este colportaje del diablo?

Porque muchos no pueden controlar su lengua, y porque Dios escoge no frenarla, con frecuencia impone una carga pesada. Y la carga de Dios pesa mucho en el alma, como uno enseguida se da cuenta. Miriam contrajo lepra. De esta manera, Dios muestra claramente que considera la calumnia como una enfermedad abominable y mal oliente. Aquí yace la razón secreta de por qué tantos hijos de Dios viven una vida cristiana débil o muerta. El veneno de los chismes y la práctica de juzgar a otros los ha matado. Mucho más de lo que nos damos cuenta, nos convertimos en partícipes en la culpa de otros porque no hemos aprendido a tratar de un modo santo la falta de santidad de ellos. Pero si asistimos a la escuela de aquel que llamó “amigo” a Judas, y quien curó la oreja de Malco, aprenderemos a actuar de la misma manera.

Nos sirvió con su vida santa.

A sus discípulos les legó su ejemplo (Juan 13). Los apóstoles y los mártires nunca hubieran muerto por el evangelio, si su Señor no hubiera muerto primero. Nadie hubiera soportado los muchos sufrimientos por el evangelio, si el Señor mismo no hubiera primero soportado el peor de todos. ¿Qué es lo que le roba al cristianismo actual su esplendor y poder persuasivo? Sin duda es el hecho de que hay tan poca diferencia entre un hijo de Dios y un hijo del mundo, con respecto al amor, la paciencia y al negarse a sí mismo. La vida, no el hablar, es la luz de los hombres. Lo que da a la vida su valor es el buen ejemplo. Pablo nunca habló con más autoridad que cuando pudo decir: “¡Sed imitadores de mí!”

Dios usa dos medios para traer a los hombres a la luz: Su Santa Palabra y los hombres y mujeres santos que viven la Palabra. Cuando la Palabra se hace carne, o sea, toma forma humana, vemos la luz de su gloria (Verbo: Juan 1:14). En los países cristianos, la Palabra de Dios se encuentra en casa cada hogar, pero en muchos lugares es como si estuviera muerta. Cobra vida sólo cuando ha sido liberada para crear una personalidad santa. De seguro que Pablo hubiera olvidado las palabras dichas cuando argumentó con Esteban en la escuela de los judíos que hablaban griego. Pero el rostro transfigurado de Esteban en la hora de la muerte, el gozo que reveló cuando entregó esta vida, la oración por sus enemigos, se imprimieron indeleblemente en el alma de Pablo. Estos se revelaron como un poder triunfante de Dios en las persecuciones que él mismo tuvo que enfrentar.

3. El Cordero nos enseña a “soportar todo”

“¡Él cargó!” leemos una y otra vez, pero con más frecuencia lo vemos. No se refiere al momento cuando él, el Cordero sacrificial, tomó sobre sí los pecados de los hombres y los cargó en la cruz. Pensamos más bien en el poder de soportar, como lo demostró en la vida cotidiana. Según su propio testimonio, su poder radicaba en poner su vida (Juan 10:17) –no en hablar como nadie antes que él había hablado, ni en el hecho de que alimentó a cinco mil con cinco panes y dos pececillos, ni siquiera en que resucitó a los muertos. Todo esto era poder, pero su poder para soportar no sólo se reveló en la cruz; su vida entera consistió en constantemente entregarla. En todas sus dificultades diarias, impulsado por el Espíritu Santo, se ofrecía a sí mismo a Dios. De este modo estaba preparado para realizar el gran sacrificio en la cruz. Ser rechazado por su pueblo, ser incomprendido por sus discípulos, ser declarado loco por su familia, ser catalogado como un fanático peligroso por los líderes nacionales –todo esto requería un gran poder para soportar. “Pues como él es, así somos nosotros en este mundo”.

Dice, por lo tanto, en Apocalipsis 3:12: “Yo le haré columna en el templo de mi Dios”. El propósito de la columna no es decorar, sino llevar una carga. Los que quieren ser admirados no son columnas; se desploman en cuanto hay algo pesado para cargar. Los hipersensibles no son columnas, porque ser hipersensible es exactamente lo opuesto a tener capacidad para soportar. Muchas veces, cuando me encuentro en la estación de ferrocarril y veo frente a mí los coches, veo en el rincón del coche donde dice que tiene capacidad para cargar cierta cantidad de libras. Entonces se me ocurre la pregunta: “¿Cuánta capacidad para cargar tengo?” Necesitamos gente que tenga esta cualidad, especialmente en nuestras congregaciones cristianas, donde hace su entrada el espíritu de hipersensibilidad y división. En la casa de Dios, el principio es permanecer bajo su carga, tal como lo hace la

columna. En otras palabras, tengamos paciencia. Jesús venció sólo como un cordero. ¿Qué es lo que caracteriza al cordero? El Antiguo tanto como el Nuevo Testamento nos dicen: “¡Soportó!” Los que siguen al Cordero son los que soportan. El que no puede hacer esto no tiene el Espíritu Santo.

Uno puede golpear la roca, y de ella brota agua viva. Cuando golpearon a Cristo, la Roca (lo golpearon hasta la muerte), brotó de él únicamente amor y vida. ¿Brota de nosotros, cuando nos golpean, agua viva, o la amargura de Mara? Cuando Esteban fue apedreado por sus conciudadanos, clamó con el rostro transfigurado: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado”. Y cuando Pablo fue rechazado por su pueblo, pudo decir: “Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne” (Rom. 9:3). ¡Tal es el poder para tolerar! ¡Tal el cristianismo! ¡Tal es la gracia en la práctica!

La Biblia no habla sólo del perdón, de una gracia preparatoria y restauradora, sino también de una gracia práctica. Si le preguntamos a Pedro qué es la gracia, responde: “Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente” (1 Pedro 2:19). Ambas epístolas de Pedro se dedican enteramente a esta gracia. Pregúntele a un inspector en la estación de tren por qué camina al lado del tren expreso que llega a la estación y pega cada rueda con su martillo: “¿Por qué hace eso?” y le contestará: “Para ver si la rueda está en buenas condiciones”. “¿Cómo sabe si está en buenas condiciones?” “Cuando el tono suena lleno y claro”. Dejar que a uno lo golpeen, y a la vez permanecer imperturbable, es pasar la prueba; esto es proclamar al mundo la luz maravillosa del evangelio; esto es mostrar al mundo el Señor. Un pastor a quien alguien había ofendido profundamente, le dijo amargamente a su esposa: “Ya le voy a mostrar quién es el señor”. “¿Cuál señor?” le preguntó con gentileza su esposa. El pastor se sorprendió, y dijo avergonzado: “Esta vez no le hubiera mostrado al Señor, sino a mí mismo”. La única manera de mostrar a otros el camino correcto es andar en los pasos del Cordero, siguiéndole con amor, humildad y fidelidad.

4. El Cordero nos enseña a ser humildes

“Aprended de mí”, dice Jesús, “que soy humilde de corazón”. “Hemos derivado nuestro orgullo de otro, y tenemos que derivar nuestra humildad de Otro”, ha dicho alguien. Por naturaleza nada nos es más extraño e incomprensible que la humildad, por eso es que no hay otra cosa de la que tengamos tan poco. La prueba más contundente de que somos humildes es que ya no tratamos de evitar las humillaciones, que podemos estar agradecidos por ellas y aun encontrar gozo en ellas. Las palabras de Pablo: “Me gozo en la debilidad”, también implican: “Encuentro gozo en todo lo que me humilla”. Todavía no he logrado esto. Mientras tanto, recuerdo muy claramente ese momento no hace mucho cuando por primera vez pude agradecer a la gente que me humilló. Antes, había recibido y tolerado estas humillaciones porque eran inevitables. Pero Pablo encontraba gozo en todo lo que lo humillaba, y Pedro dice: “Dios da gracia a los humildes”. Cada vez que evitamos una experiencia humillante, nos perdemos una experiencia de gracia. Pedro agrega: “Vestios de humildad”. La humildad es el manto que nos protege del frío que otros propagan.

¿Qué es la humildad? La humildad no es una virtud, más bien es la tierra en que prosperan todas las demás virtudes. Ninguna virtud que no haya crecido en esta tierra tiene valor. Por lo tanto, Jesús dice a todos los que acuden a él que primero y ante todo tienen que aprender una cosa de él: ¡humildad! La humildad es ese poder que puede colocarse en una posición modesta. “Se humilló a sí mismo”, dice Pablo en Filipenses 2:8. La humildad nos lleva a sentir que nosotros no somos nada, pero que Dios es todo. Busca no su propia gloria sino que da todo el mérito a terceros. Fue en este espíritu que el renombrado misionero británico, después de que un obispo lo había elogiado ante una gran concurrencia, sencillamente recitó la pequeña estrofa:

*“He aquí que caigo, mi Salvador, soy yo quien merezco tu lugar;
Mírame con tu favor, concédeme tu gracia”*

La humildad es el poder que minimiza en lugar de magnificar lo que hace, no desea atraer la atención y crear entusiasmo por ella misma. ¿Por qué, podemos preguntar, cuando Jesús despertó a la hija de Jairo dijo: “No está muerta, sino duerme?” No quería llamar la atención. Por empezar, por lo general hacemos que algo parezca muy negro a fin de que parezca mucho más blanco cuando hemos terminado con ello, o lo hacemos parecer muy pequeño a fin de que parezca mucho más grande al final. La humildad no sabe nada de sí misma. Tampoco sabe que es humilde. Es un poder que no puede hacer nada por sí mismo; sólo puede humillarse a sí mismo y ser dependiente. Jesús dice repetidamente: “No puedo hacer nada por mí mismo”. “Mi Padre... es mayor que todos”, dice en Juan 10. En Apocalipsis 1:1, Juan muestra que Jesús todavía depende del Padre aun cuando había sido

exaltado para sentarse a la diestra de la Majestad en lo Alto, y había recibido todo poder en el cielo y en la tierra: “La revelación de Jesucristo, que Dios le dio”.

Vemos en el Trino Dios mismo esta humildad más grande. El Padre y el Hijo prepararon el camino para el “Reinado del Espíritu” en el cual ahora vivimos; el Espíritu y la Esposa dicen: “Ven, Señor Jesús, ven pronto”. Preparan el camino para el Reinado del Hijo, el Reinado Milenial. El Hijo, el Espíritu y la Esposa introducen el “Reinado del Padre”, en que Dios será todo en todo, donde será el verdadero Padre para todos los llamados hijos en el cielo y en la tierra (Ef. 3:15). Por lo tanto, podemos aprender el verdadero significado de la humildad únicamente de Cristo, quien ha revelado a Dios. El que está arraigado en el amor por fe en Cristo aprende a ser “humilde de corazón”.

Este amor es realmente humildad. Por eso, dice la Biblia acerca de Jesús: “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. La humildad es un poder que puede tratar a los que están mucho más abajo que uno como uno trata a sus hermanos. Jesús no se avergonzó de llamar “hermanos” a sus discípulos, aun cuando habían huido de él en su momento de prueba, aun cuando lo habían negado, como lo hizo Pedro.

La humildad es el poder que puede tolerar las faltas de otros. Porque el que es humilde se considera el más indigno, no duda de los demás. La humildad es una de las características más hermosas del Cordero de Dios. ¡Ah, no busques ninguna otra hermosura! La humildad es el poder que puede ser especialmente benigno con el que ha obrado mal, así como el Salvador lo fue con Pedro: “Id, decid a mis discípulos, y a Pedro, que vivo”. No podemos ayudar a otros a ser humildes apartándonos de ellos, sino amándolos y siguiéndolos, como lo hizo Jesús con Pedro, mostrándoles así el camino por el que deben andar para aprender humildad.

5. El Cordero nos enseña a negarnos a nosotros mismos

“No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”, leemos en Filipenses 2:6 con referencia a Cristo. El significado más profundo de la cruz es negar nuestra propia vida. Pablo lo expresa así: “Por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor. 5:15). Comprendemos el significado de la cruz y la experiencia de su poder únicamente cuando podemos decir con Pablo: “Ninguno de nosotros vive para sí” (Rom 14:7). La caída de nuestros primeros padres consistió en que se hicieron el centro de la vida. El alma que hace esto en la actualidad, aprenderá que las consecuencias son la tiniebla espiritual y la muerte, la separación de Dios y enemistad contra él. En todo lo que es egoísta, está activo el poder de Satanás. En el corazón egoísta arde el fuego secreto del infierno. Mientras amamos nuestra propia vida, permanecemos bajo la maldición de Dios, porque en la cruz, Dios ha maldecido todo lo que es egoísmo. “Vivir para uno mismo” es estar contra Dios. Nuestro propio “yo” es sinónimo de “carne”, y “los designios de la carne son enemistad contra Dios”. (Rom. 8:7). La carne es egoísmo encarnado. El egoísta anhela tener todo para sí, quiere ser el centro de todo, y cuando esto no es posible, se aísla, profundamente herido.

Las Sagradas Escrituras nos muestran nuestro “yo” en seis formas principales, a saber: confianza en nosotros mismos, deseo de ayudarnos a nosotros mismos, interesados, obstinación en hacer nuestra propia voluntad, auto satisfacción y auto exaltación. Podríamos llamar a todos estos juntos el “monstruo de mil cabezas”, “la madre de todos los pecados y desgracias”, el “tirano siniestro”. Consideremos cada una de estas seis formas de la vida dedicada al “yo”.

a. Confianza en nosotros mismos.

No basta con que confiemos en Dios, también él tiene que poder confiar en nosotros. Juan 2:24 nos dice que “Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos”. Jesús no confía en los que sólo quieren ver y recibir. Sentirse maravillado no es lo mismo que tener fe. Cuando Jacob vio la escalera al cielo se maravilló ante la bondad y santidad de Dios, pero aún no creía en ellas. ¿En quién puede confiar Jesús? En los que no ponen su confianza en sí mismos. En los que le siguen hasta la cruz, que toman su lugar bajo la cruz y que ya no buscan dones y bendiciones, sino que sólo lo buscan a él. Juan fue el único discípulo que siguió a Jesús hasta la cruz, y a él el Señor moribundo le encargó lo más preciado que tenía sobre la tierra: su madre. No nos damos cuenta qué arraigada está en nuestro corazón nuestra confianza en nosotros mismos hasta que aquello de lo que consciente o inconscientemente dependíamos nos es quitado. ¿Sabes por qué Dios guió al pueblo de Israel al desierto? A fin de que aprendieran a mirar hacia lo Alto y esperar todas las cosas de lo Alto. En Gosén, habían recibido de la tierra lo que necesitaban, pero ahora se encontraban en el desierto con la arena seca y caliente debajo de sus pies, y tuvieron

que decirse unos a otros: “Si vamos a recibir ayuda, tiene que venir de lo Alto”. Y, ciertamente, de lo Alto vino pan, carne y aun agua. “Moisés... golpeó la peña con su vara... y salieron muchas aguas”.

Así es que Dios nos quita todo de debajo de los pies, hasta que nada nos queda más que él. Dios siempre tiene en mente la meta más alta, a saber, guiarnos a negarnos a nosotros mismos. Todo tiene el propósito de enseñarnos a poner toda nuestra confianza en él. Por eso, tenemos que sufrir frecuentes fracasos. Lucha con todas sus fuerzas contra el pecado y se encuentra rodeado del enemigo. Ora con fervor y sinceridad: “O Dios, ayúdame y quédate a mi lado”. Pero parece que Dios no oye. Clama aún más intensamente pidiendo ayuda, pero pareciera que él es indiferente. Entonces, ¿es realmente cruel? ¡No! Justamente porque es misericordioso, no le puede ayudar. Si lo hiciera, no se libraría de su confianza en ti mismo; no aprendería a pelear la buena batalla de la fe y obtener así la victoria que el Señor ha ganado; no aprendería a decir: “¡Sólo Jesús!”, si no que todavía seguiría diciendo “Jesús y yo”.

Pedro, que confiaba tanto en sí mismo, no podía, al final de cuentas, ser salvo excepto a través de una caída. Entonces el Señor lo llevó al lugar donde otro lo sostuvo, donde se dejó guiar y donde extendió sus manos hacia las manos fuertes, fieles, mansas de su Maestro. Se dice comúnmente en cuanto a Jacob que luchó con Dios, pero, al leer Génesis 32 descubrimos que un varón luchó con él. Y cuando Jacob yacía en tierra con el muslo descoyuntado, clamó: “No te dejaré si no me bendices”. Antes, siempre se había bendecido a sí mismo. Después de que Pablo había estado ciego y desvalido, pudo decir: “Todo lo puedo”. Cuando no pudo hacer más nada, pudo hacer todo.

b. El deseo de ayudarnos a nosotros mismos

Otra expresión de nuestro propio ego es el deseo de ayudarnos a nosotros mismos. Nada nos parece más difícil que estar quietos y esperar; nos parece mucho más fácil entrar en acción, aun si nos metemos en dificultades por hacerlo. “Señor, ¿heriremos a espada?”, decimos con Pedro. “¿Pediremos fuego del cielo?” preguntamos con Santiago y Juan. La caída de Saúl comenzó cuando no esperó hasta que Dios viniera a él. Apenas unas horas más, y el Señor habría establecido para siempre su reino. Aun Abraham, quien en la escuela de Dios había aprendido a esperar como ninguno jamás lo había hecho, fue culpable de este pecado cuando permitió que Sara le diera a la egipcia Agar como concubina, a fin de recibir por medio de ella la semilla que Dios le había prometido. Como resultado, Dios no le habló por trece años. Abraham le había arrebatado a Dios la dirección. Creyendo que tenía que ayudar a Dios, quería acortar el tiempo de espera. Que no somos mejores que Abraham, nadie lo duda. Innumerables veces nos hemos ayudado, o al menos intentado ayudarnos a nosotros mismos, y, por ello, nos causamos graves dificultades y entristecemos a Dios.

En el Salmo 37 encontramos tres tipos de respuestas a la oración:

“Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón”.

“Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él”.

“Guarda silencio ante Jehová, y espera en él”.

Hay cosas que pedimos hoy, y mañana Dios nos las da; hay cosas que encomendamos a Dios y sentimos inmediatamente que él está activo para nuestro bien; pero hay también ocasiones cuando nos es necesario calmar nuestra alma y decir: “Guarda silencio, y espera en él”. Entre darse, encomendarse y entregarse uno mismo a Dios, lo último es lo más difícil. Sólo el que se ha dado a Dios puede poner toda su confianza en Dios. Uno se entrega a Dios sólo una vez, pero pone su confianza en él conscientemente día tras día, y de esta manera aprende a entregarse a Dios también en los días malos. Antes de ejercitarnos en la fe no puede Dios poner a prueba nuestra fe. En Génesis 15 leemos cómo Dios puso a prueba la fe de Abraham haciéndole esperar en Dios mientras ofrecía su sacrificio.

Procurar evitar las dificultades es otra característica de nuestro deseo de ayudarnos a nosotros mismos. Siempre tratamos de cortar o aplanar la cruz que Dios nos ha dado, para que sea más liviana y fácil de llevar. Jesús no hizo esto. Cargó su cruz. Sus seguidores tenemos que ser conocidos por la cruz. Cuando corta pedazo tras pedazo de la suya, por fin ya no queda nada de ella, pero tampoco queda nada del Salvador. Dice que tal o cual persona tiene que salir de la casa porque le amarga la vida. ¿Qué es esto sino cortar un pedazo de la cruz? Se retraes porque dice que es incomprendido. ¿Qué es esto sino reducir su cruz? Aunque los judíos querían apedrear a Jesús, volvió a acercarse a ellos. Cuando sus discípulos le preguntaron sorprendidos: “Y otra vez vas allá” él respondió: “El que anda de día, no tropieza”. No luche para soltarse de las manos ásperas, Dios las usará para perfeccionarle. En cuanto a Jesús, leemos: “Los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza” (Juan 19:2). “No les dio la espalda a sus heridores y no escondió su rostro de injurias y de esputos” (Isa. 50:6). Tenía poder para ayudarse a sí mismo, pero nunca lo usó.

c. Interesados

Un aspecto mucho más repulsivo de nuestro propio ego es ser interesados. Esto es lo opuesto a ser sacrificado. El alma interesada es ladrona, porque le roba a Dios lo que a él le pertenece, y toma para sí lo que pertenece a otros. El interés egoísta no sólo realiza su obra satánica en el mundo, sino también en las reuniones de gente religiosa, en la casa del justo, hasta en el corazón de los que quieren seguir al desinteresado Jesús. El interés egoísta se manifiesta cuando uno quiere parecer más piadoso que otros, orar oraciones más hermosas que otros, cuando siempre quiere obtener todas las ventajas. Pero las Escrituras dicen: “Maldito el que engaña” (Malaquías 1:14). Muchas de las divisiones entre los hijos de Dios son el resultado del interés egoísta, el tenebroso tirano del alma. El cielo ya estaría sobre la tierra si el interés egoísta fuera depuesto de su trono.

“Vé a la hormiga... mira sus caminos”, dice Salomón. Primero y principalmente la hormiga es un ejemplo de generosidad. De la misma manera la vid, que da fruto por medio de dar generosamente su savia a la rama que produce el fruto. ¡Cuántos poderes y dones no son usados, cuánta gracia se pierde por el egoísmo! ¡Cuánto trabajo queda sin realizar por su culpa! ¡Cuántas almas se pierden! ¡Cuántos que habían despertado ahora vuelven a dormir porque sus líderes han sido egoístas!

El interesado sólo intenta lo que parece grandioso, y espera resultado sólo de personas importantes. Su lema es: “Siento que yo mismo soy suficiente. Todo debe existir para mí, de otro modo no tiene valor”. Pero cuando el amor se despierta en nosotros, el egocentrismo muere, entonces ya no reina la ley de la carne, sino la ley del espíritu. Ya no preguntamos: “¿A cuántas cosas debo renunciar para seguir a Jesús?”, sino “¿A cuánto puedo renunciar por Aquel que me amó y se dio a sí mismo por mí?” Ser interesado es lo opuesto a ser desinteresado. Alguien ha dicho: “El verdadero desinterés constantemente pide permiso para darse, y cuenta como pérdida todas las cosas a las que no puede renunciar por Jesús”.

El interesado anhela despertar la simpatía de los demás, se ofende fácilmente, espera el agradecimiento de la gente, y su deseo es que le sirvan. El atesorado e interesado ego se asegura que todos los ojos lo vean, y que todos los oídos lo escuchen a él, “el que sufre con paciencia”, y no puede entender por qué nadie simpatiza con él. La señal más clara de que uno es interesado es que se queja de los demás.

El secreto y lema de la vida de Abraham se encuentran en estas dos palabras: “Nada tomaré” (Gén. 14:23). Es bien conocido cómo ponía esto en práctica. Allí también está la solución del secreto de por qué Dios le dijo: “Te bendeciré... serán benditas en ti todas las familias de la tierra... Toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia”. Dios pudo hacer esto porque Abraham no pretendía nada para sí. Se había escapado de sí mismo, y eso es ciertamente el fruto más precioso de la fe. Grande era su fe, pero aún más grande era su generosidad. Generosidad es amor, porque al amor le interesa, como usted sabe, no el “yo” sino el “usted”. Cuando Pablo escribe 1 Corintios 13, el gran Capítulo del Amor, parece estar describiendo la figura de Abraham sin mencionar su nombre. Porque, a quién mejor que a Abraham describe cuando dice:

*El amor... todo lo sufre, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo soporta.*

Si pudiéramos tener como nuestro lema, el lema de la vida de él, recibiríamos desde esta hora una bendición que produciría fruto inmediato y práctico.

d. Obstinados en hacer nuestra propia voluntad

Lo mejor que podemos dar a Dios es nuestra voluntad. “He dado a Dios mi mejor esfuerzo, pero todavía me es difícil darle mi propia voluntad,” me dijo recientemente un obrero en el Reino del Señor. “Si todavía no le has dado tu voluntad, no le has dado tu mejor esfuerzo”, le respondí. El mayor sacrificio que alguien le puede dar a Dios es su voluntad. Dios no se complace en ningún otro sacrificio mientras nos aferremos a nuestra propia voluntad. “Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Heb. 10:6, 7). Dios no quiere de nosotros ofrendas, sino nuestra voluntad. La primera pregunta que Pablo dirigió a Jesús fue: “¿Qué quieres...?” La verdadera conversión no consiste de ninguna otra cosa que la resolución de renunciar a la propia voluntad de una vez para siempre a fin de hacer lo que Dios quiere. Y toda la tarea de nuestra vida consiste, no en hacer esto o aquello para Dios, ni darle esto o aquello, sino en hacer la voluntad de Dios.

¡Hay mucha obstinación en querer hacer nuestra propia voluntad en nuestra obra para el Señor, y aun en nuestras oraciones! Trazamos planes, se los presentamos a Dios y decimos: “Mira Señor, me encantaría hacer esto para ti. ¡Apóyame!” No, mejor deja que Dios trace los planes, y que el Espíritu de Dios te guíe por los caminos de

Dios. El Sermón del Monte trata de la “limpieza más profunda” y también habla de limpiarnos de las oraciones falsas. Allí nos da un modelo de oración que dice: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” Santiago no dice “si Dios lo permite”, sino “Si el Señor quiere” (Santiago 4:15). Hay una gran diferencia entre ambos conceptos.

También hay diferencias entre someterme a la voluntad de Dios, y entregarme a ella, y hacerlo con gozo. El Cordero nos enseña a cumplir la voluntad de Dios con gozo. Nos muestra que es sólo con el propósito de hacer la voluntad de Dios que hemos recibido una voluntad. Getsemaní es el punto más profundo y el más alto en la vida del Salvador. Allí dijo: “Padre... no se haga mi voluntad, sino la tuya”. “Por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz” (Heb. 12:2). Fue porque era la voluntad de su Padre. En todas las cosas dijo: “Sí, Padre, porque así te agradó”. Su voluntad era lo que fuera la voluntad de Dios. Nunca tuvo un pensamiento o un deseo que no estuviera en perfecta armonía con la voluntad del Padre. Este era su “yugo” (Mat. 11:29), por lo tanto podía disfrutar de un descanso completo y sin interrupciones. Y nos invita también a nosotros a llevar su yugo a fin de poder encontrar descanso para nuestra alma. “Descanso en una almohada triple”, dice Pearson, “a saber, el amor ilimitado de Dios, su sabiduría y su poder”. Para él, la voluntad de Dios era sinónima de estos tres, y en ellos encontraba descanso.

El pueblo de Israel se llevó su propia voluntad al dejar Egipto, por lo tanto, no podía entrar en su reposo (Heb. 3:11). Querer algo que no está dentro de la voluntad divina causa una alteración interior, inquietud, dolor y separación de Dios. En la obstinación por hacer la voluntad propia viene el egocentrismo, y con esto, frecuentemente, una mente trastornada. El egocentrismo ha llevado al asilo para enfermos mentales a muchos más de lo que pensamos. La obstinación por hacer la voluntad propia no sólo altera la paz en el hogar y en la sociedad, sino también en el corazón. Leemos en 1 Samuel 15:23 lo que Dios opina de esta obstinación cuando Samuel le dice a Saúl: “Como idolatría [es] la obstinación”. Saúl confundió su propia voluntad con la voluntad de Dios y dijo: “Yo he cumplido la palabra de Jehová”. Por lo tanto, fue rechazado. Su obstinación le costó el reino.

e. Autosatisfacción

Otra forma en que se manifiesta nuestro ego es la autosatisfacción. Romanos 15:1-3 dice: “Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos... Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo”. Según estas palabras, la autosatisfacción tiene sus raíces en que nos imaginamos que somos capaces de hacer todo. Pedro había renunciado a la pesca y podía decir; “¡He renunciado a todo!” Pero no había renunciado a su propio yo y a su propio poder. Esto lo aprendió únicamente después de su caída.

Alguien ha dicho: “Así como nuestra autojustificación es humillada por nuestra conversión y recibimos la justicia de Cristo, también tarde o temprano, nuestra propia fuerza tiene que ser humillada a fin de que el poder de Cristo pueda permanecer en nosotros”. ¡Ojalá los hijos de Dios comprendieran que su propia fuerza es una de sus peores enemigas! ¡Ojalá los obreros en el reino de Dios pudieran ver que su propio poder es el peor obstáculo para poder producir fruto para Dios! El poder de Dios nunca puede perfeccionarse excepto a través de nuestra debilidad (2 Cor. 12:9).

El poder de Dios puede, hasta cierto grado, obrar a la par de nuestro poder y junto con él, pero no se perfecciona en nosotros hasta que somos hechos débiles en Dios (1 Cor. 1:25). Por eso dice David: “Como un tiesto se secó mi vigor” pero “Me fortaleciste con vigor en mi alma”. Dios siempre guía hacia su debilidad divina a aquellos a quienes anhela usar. A su Siervo más perfecto condujo a la debilidad más grande. Nadie puede descender más profundamente que la cruz, y allí Dios condujo a su Hijo.

Que Cristo estuvo libre de querer agradarse a sí mismo podemos verlo bien comparando Hebreos 1:3 con Isaías 53:3: “El resplandor de su gloria” y “Despreciado”. El poder que Dios dio a su Hijo consistió en que fuera muy despreciado, y el mandato que Dios le dio fue dar su vida (Juan 10:17, 18). Aquí tenemos una explicación práctica de las conocidas palabras en Juan 1:12: “A todos los que le recibieron... les dio potestad”. El poder de dar su vida es el “poder” del Cordero. Sólo él es victorioso. Entonces, ser “guiado hacia adelante” no significa otra cosa que ser “guiado hacia abajo”, y cuando oramos: “Señor, fortaléceme” el Espíritu Santo intercede por nosotros y dice: “¡Señor, doblégame!”

La autosatisfacción siempre proviene del sentido de autosuficiencia y superioridad. Donde hay impotencia no hay auto satisfacción. ¿Por qué juzgas a tu prójimo? ¿Por qué renuncias a él? ¿Por qué te quejas de él? ¿Por qué buscas reconocimiento? ¿Por qué haces demandas? ¿Por qué te avergüenzas del trabajo humilde? Porque estás satisfecho contigo mismo. ¿Por qué te gusta hablar de ti mismo? Porque tienes un alto concepto de ti mismo. En el caso del criminal, hay que forzarlo para que diga cada palabra cuando tiene que hablar de sí mismo. ¿Acaso no

somos nosotros más que criminales perdonados? Podemos hablar con menos peligro de cualquier cosa menos de nosotros mismos. Jesús dice con respecto a Satanás: “Cuando habla mentira, de lo suyo habla”. Corremos grave peligro de mentir con facilidad cuando hablamos de nosotros mismos. José encontró engreimiento en su hogar y entre sus hermanos; por lo tanto habló de sus propias ventajas, y en esto no estaba enteramente injustificado. Pero tuvo que ser liberado de su autosatisfacción antes de que Dios pudiera darle el lugar que quería que tuviera. Fue puesto en la cárcel, y allí Dios lo purgó y limpió de todo engreimiento.

f. Autoexaltación

La autoexaltación es la sexta forma como se manifiesta vivir para el “yo”. “Yo no busco mi gloria”, dijo el Señor. Sansón usó para su beneficio las fuerzas que Dios le dio. Sacó las puertas de la ciudad de Gaza con sus dos pilares y las subió a la cumbre de un monte. Con su fuerza debió haber salvado a Israel, en cambio la usó para mostrar su propia potencia. Similarmente, icon cuánta frecuencia nos adornamos y nos adjudicamos la importancia que pertenece a Dios y que debiéramos dejar en su santuario. Acán debió haber consagrado el manto babilónico y el botín de oro al Señor, pero se los guardó para sus propios fines.

También nosotros hemos usado con frecuencia nuestra mente clara y nuestra lengua elocuente para demostrar nuestra propia inteligencia. ¿Por qué? Porque no sabemos qué es la gloria. La gloria de Dios siempre está velada y es visible sólo a aquel a quien Dios ha abierto los ojos. Permitió que su Hijo tomara la forma de un siervo. El maná estaba cubierto de escarcha y el arca del pacto estaba cubierta de una fea piel de tejón. “Toda gloriosa es la hija del rey en su morada” (Sal. 45:13).

La gloria del hombre es siempre algo externo. La gloria de Dios es interior, en el lugar secreto. “Vi su gloria”, dice Juan. Esta gloria la vio en la humildad del Hijo de Dios. Juan vio la gloria en su humillación; por eso pudo seguirlo todo el camino hasta la cruz, aun cuando los demás habían huido. Una vez que esta gloria brilla en nuestro corazón, comprendemos las palabras de Pablo en Gálatas 6:14: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Es entonces cuando no buscamos otra gloria que la del Cordero.

A Pedro le gustaba compararse con otros. Dice: “Hemos dejado todo” y “¿cuántas veces perdonaré a mi hermano?” En todas partes proyecta su auto exaltación. Por eso Jesús también usó comparaciones en esa reunión extraña junto al lago, cuando le preguntó: “¿Me amas más que éstos?” --¡más! Pero Pedro no aceptó su pregunta. Había aprendido a no compararse con otros. Estaba contento de poder decir a su Señor: “Tú sabes que te amo”.

Todo lo propio había desaparecido, porque el Espíritu del Señor sopló en él (Isa. 40:7). Cuando el corazón está abierto para recibir la bendición del Espíritu de Dios, tal como la bendición descrita en Ezequiel 36, el Espíritu primero nos deja ver nuestra impureza y nos limpia de ella. Lo que Dios dice en el v. 31 de ese capítulo entonces se convierte en realidad: “Os avergonzaréis de vosotros mismos”. Esto es lo opuesto al autoexaltación.

6. El Cordero nos enseña a estar quietos

“Angustiado él, y afligido, no abrió su boca” (Isa. 53:7). Lo primero que aprendemos en la escuela del Cordero es tomar su yugo y estar quietos (Mat. 11:29). Las Escrituras hablan de estar quietos delante de Dios, quietos a la expectativa de Dios, y quietos en Dios.

Antes de hablar con Dios tenemos que estar quietos delante de él. Cuando Abraham cayó sobre su rostro y guardó silencio, Dios habló con él (Gén. 17). En los capítulos 15 y 16 vemos cómo hablaba y actuaba Abraham mientras Dios guardaba silencio –durante trece años. Leemos en el capítulo 16: “Era Abram de edad de ochenta y seis años, cuando Agar dio a luz a Ismael”. Y en el capítulo 17:1: “Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció Jehová”. Fue un tiempo largo, sin duda el más difícil de su vida, porque no hay nada más difícil para un hijo de Dios que el silencio del Señor. Luego Abraham guardó silencio y dejó que Dios hablara.

Por medio de estar quieto delante de Dios, el hombre permanece quieto a la expectativa de Dios. “En Dios solamente está acallada mi alma”, dice David en el Salmo 62. Esto ya es un paso hacia arriba. Es confiarle todo a él, esperar todo de él, para recibir todo de su mano, y, detrás de todo, ver al Padre. Jesús dice en Juan 6:37: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí”. Es decir, recibiré todo lo que ha querido para mí. Cuando él quiere que el sol alumbre para mí, nada puede interponerse en mi camino.

Un alma tal era María, que había aprendido a estar quieta a la expectativa de Dios. No en vano se sentó a los pies de Jesús. Había aprendido una de las lecciones más difíciles, a saber, guardar silencio. Cuando Marta se quejó de ella, se quedó quieta hasta que su Maestro la defendió. Si él no tenía ninguna excusa para ella, tampoco la tenía ella. Demostró que conocía al Maestro mejor que ninguno de sus discípulos cuando le ungió los pies para su

sepultura (Juan 12). Sabía que su Señor tenía que morir, tenía que ser ofrecido para la salvación del mundo – incluyendo la de ella. Su Señor, como el grano de trigo, tenía que ser colocado en la tierra y morir –de otra manera no habría sino un solo grano. Al ungirlo lo fortaleció en esta convicción, y dijo, de hecho: “Señor, comprendo tu camino. Así como ahora toda la casa está llena del aroma del perfume, tu muerte será el ‘aroma de vida’ para el mundo, así como te he dado lo mejor que tenía, tu me darás, en un grado mucho mayor, lo mejor que tienes. Así como ahora te echo el nardo fragante, muchos otros vendrán y harán lo mismo, cuando tú, por tu muerte, les has preparado el camino para ellos”. Fue muy refrescante para nuestro Señor, ser comprendido y alentado de este modo, en su camino a la muerte.

Pero, ¿qué hace Judas? Demanda: “¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume?” ¿Desperdicio? ¿Era esto desperdicio? En respuesta, María permanece en silencio y espera la respuesta del Maestro. Y él la defiende diciendo: “Ha hecho lo que podía... De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella”. Y ella era digna de ser recordada, y aprendemos de ella hoy lo que significa estar “quieto a la expectativa de Dios”.

No obstante, nadie ha guardado tan perfecto silencio como el Cordero. Estuvo quieto cuando no tenía un lugar donde descansar su cabeza, quieto cuando había un Judas entre sus discípulos, quieto en el jardín de Getsemaní, quieto en la cruz y iquieto en Dios! Llegamos al máximo desarrollo cuando nuestra voluntad, nuestros deseos y nuestros anhelos coinciden enteramente con los de Dios, cuando él aun crea esperanza dentro de nosotros, como leemos en Salmo 63:5: “Porque de él es mi esperanza”. Aquí el alma ha entrado al descanso sabático, al descanso en Dios. Aquí se alimenta de una quietud que, como las profundidades del mar, no puede ser alcanzada ni molestada por ninguna tormenta. “Bebemos agua del Lago Constance”, me dijo un amigo hace poco. “¿Aun cuando está lodoso?” le pregunté. “A cincuenta metros de profundidad, nunca está lodoso, y tenemos nuestra cañería a esa profundidad”, respondió. Esforcémonos por alcanzar la profundidad de comunión con Jesús, y nuestro gozo en el “reposo y seguridad será para siempre” (Isa. 32:17).

7. El Cordero nos enseña a sufrir

Dice la epístola de los Hebreos que el autor de la salvación fue perfeccionado “por aflicciones”. Es decir, por medio del sufrimiento se convierte en un Salvador perfecto. No hubiera logrado serlo por medio de sus palabras, sus acciones y sus milagros, sino que llegó a serlo a través del sufrimiento. Pedro dice: “Sufrís... pues para esto fuisteis llamados”. Hay heridas que pueden ser curadas sólo por otras heridas. Leí hace poco acerca de un joven en Baden que dejó que le quitaran un pedazo grande de la piel a fin de poder curar las quemaduras que había sufrido su hermana. “Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza.” Deja que te hiera tu enemigo, y tus heridas sanarán las heridas de él. Acerca de Jesús leemos: “Padeció una sola vez por los pecados... para llevarnos a Dios”. El que sufre puede ayudar a otros que sufren (Ver Sal. 105:17-22).

Los hombres de la Biblia tenían su escuela de sufrimientos –uno en espera silenciosa, otro en la cárcel, otro en el exilio entre las montañas y cuevas, otro en el desierto. Alguien ha dicho: “Somos heridos a fin de que aprendamos del gran Médico cómo curar las heridas y ayudar. Dios nos visita con pruebas a fin de enseñarnos a llevar las cargas de los demás. Nosotros mismos tenemos que primero ir a la escuela antes de poder ser maestros de otros”. También nosotros tenemos que cargar el yugo del sufrimiento y probar las aguas amargas a fin de ser perfeccionados a través del sufrimiento. El equipo del discípulo contiene no sólo un oído dispuesto a escuchar y la “lengua del sabio” sino también una espalda que acepta los azotes y un rostro que no se esconde de la vergüenza y el esputo (Isa. 50).

El diablo aborrece más que a nadie a los que están dispuestos a sufrir. Conoce mejor que nosotros las bendiciones que nos pueden traer los sufrimientos a nosotros mismos y a los demás. Jesús libró su batalla más intensa con él en Getsemaní, donde tomó la decisión de morir. Cuando examinamos nuestra vida pensando en esto, descubrimos que Satanás nos ha atacado con más intensidad cuando decidimos estar quietos y sufrir. En Juan 15:2, dice Jesús: “Todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”. Y el Padre, el Jardinero, limpia con más frecuencia a través del sufrimiento. Frecuentemente su tijera para podar es el dolor.

La Biblia habla de cuatro clases de sufrimientos: *el sufrimiento del castigo, el sufrimiento de la prueba, el sufrimiento de la purificación y el sufrimiento por causa de Cristo.*

La lepra de Miriam era un castigo, cuyo propósito era librarla de un espíritu que la hacía juzgar a los demás. Las idas y venidas de Israel en el desierto eran una prueba; eran para revelar lo que había en sus corazones. Las

pruebas deben dar como resultado soportar las pruebas, a fin de poder ver si el corazón es honesto, si el alma se aferra a Dios –si realmente somos o si parecemos ser. El sufrimiento de José en la cárcel y la experiencia de Daniel en el foso de los leones no fueron tentaciones para ellos. Su sufrimiento fue un fuego purificador. Hacia esto guía Dios a sus hijos más queridos. Sólo el que ha soportado la prueba puede ser limpiado. Este sufrimiento les cayó a José y a Daniel porque eran fieles. Fue su fidelidad a Dios lo que llevó a José a la cárcel y a Daniel al foso de los leones. Cuando su hermano sufre una aflicción tras otra, no diga demasiado pronto: “Debe haber cometido algo muy malo”. Usted quizá no puede aun soportar sufrimientos; por lo tanto Dios le tiene que proteger de ellos. Acerca del mejor y más perfecto hijo de los hombres, dice la Biblia: “Jehová quiso quebrantarlo” (Isa. 53:10). Lo principal en cuanto a las respuestas a las oraciones no es que podamos decir que hemos orado por esto o aquello. Más bien es que Dios ha respondido a nuestras preguntas, incluyendo ésta: “¿Por qué sufro? ¿Cuál es el significado para mí de lo que estoy sufriendo en este momento?”

El sufrimiento sensibiliza el corazón haciéndonos más comprensivos; de esto se trata sufrir por causa de Cristo. Nadie comprende mejor al pobre que el que ha sido pobre. Nadie comprende tan profundamente al enfermo que el que hace mucho ha perdido la salud. Se dice que de todas las maldades, el corazón insensible es la peor. Pero comprensión no significa meramente sentir o expresar algo de sentimiento; es más bien esa participación profunda y sentida que siente la carga y necesidad de un prójimo como si fueran suyas. Moisés, Esdras y Nehemías tenían este tipo de comprensión. Fueron sensibles a las necesidades de su pueblo y colocaron su carga sobre sus hombros. Hicieron propias las culpas del pueblo y las presentaron ante Dios. Almas como esas muchas veces sostienen a toda una congregación que, de otra manera, realmente no subsistiría. Son columnas en la casa de Dios. Siempre están en su lugar, no hablan recio en la reunión, sino que oran. Oran por cada individuo que entra por la puerta, y se llenan de alegría cuando entran los que siguen fielmente al Señor. Los embarga un sentimiento de profunda comprensión cuando llega alguien que quizá hace poco ha caído y se ha apartado de Dios.

8. El Cordero nos enseña a ser obedientes

Jesús fue obediente (Ver Fil. 2:8). En estas dos palabras el Espíritu Santo resume toda la vida del Salvador. Marcan el punto culminante de toda la historia de su vida. Sus milagros fueron grandes, su Palabra nunca pasará, pero aún más grande que éstos fue su obediencia. Su comida era hacer la voluntad del Padre. Lo que Jesús reveló al mundo fue su obediencia al Padre. No obtenemos de él un mejor regalo ni un sermón más efectivo. Si podemos mostrarle a nuestro prójimo nuestra obediencia a Dios, le hemos dado lo mejor.

“¿Cuál es resultado de la santificación?” preguntó hace poco un hermano. ¿Cuál fue el resultado de la vida del Cordero? Lo encontramos en estas palabras: “Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). Dios pidió de él lo más difícil, y lo obedeció con gozo. Santificación no es otra cosa que obediencia (Gén. 22, Fil. 2).

La santificación falsa lleva a tener una alta estima de uno mismo, uno habla de la experiencia que ha tenido, del desarrollo que ha logrado, etc. La santificación bíblica rebaja a la persona hasta el polvo, aniquila cada “gracia del alma” y deja sólo un deseo: agradar a Dios. Cuando Jesús se había sumido en las honduras más profundas, ante la perspectiva de la cruz, habló de santificación: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad”. Aun si no podemos ser otra cosa que ejemplos de obediencia para nuestros prójimos, esto en sí es sumamente grande. Nada atrae tanto a los hombres y los lleva tanto a la reflexión como la persona que es obediente.

La obediencia da poder. El origen de la victoria de Cristo, el secreto de su poder y del nuestro, radica en la obediencia. En ella encontramos nuestra mayor libertad. Sólo aquel que es libre puede ser siervo de todos. También puede ayudar a otros a encontrar libertad. En el corazón obediente hay una senda preparada para Dios. Hay muchos cristianos que siempre buscan placeres y satisfacciones para sí. No han aprendido todavía que sólo los hijos obedientes son hijos felices. Aquello que realmente da felicidad permanente no es otra cosa que la obediencia a Dios. Para un alma sana hay una sola cosa que cuenta: ser obediente. “Hacer la voluntad de Dios” nos hace más fuertes y se convierte en nuestra “comida” –mucho más que reflexionar en la Palabra de Dios y tratar de comprenderla.

¿Por qué tantos corderos de Dios tienen tan poca seguridad de salvación? ¿Por qué no están sus almas satisfechas con la paz de Dios? Dios nos da la respuesta en Isaías 48:18: “¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar.” La gente dice: “Me falta fe. Tengo muy poca fe; por lo tanto, no tengo ninguna seguridad de salvación, nada de paz.” Pero en la mayoría de

los casos, no es fe lo que falta, porque aun con una mano temblorosa puede uno recibir regalos costosos. En cambio, lo que falta es obediencia. Hay algo en sus vidas que no quieren soltar, y que impide que el Espíritu Santo les dé la seguridad de que son hijos de Dios. Conocí a un hombre que por nueve meses enteros no podía creer en la expiación de Cristo, por la sencilla razón que él no estaba dispuesto a ser perdonador. Podía haber orado y luchado por nueve años y noventa más, si no hubiera resultado ese asunto. Hay una diferencia entre hacer un esfuerzo por creer que soy salvo y tener el testimonio del Espíritu Santo de que soy salvo. Nadie que es desobediente a Dios puede tener confianza en él. La confianza es el resultado de la obediencia. Para Jesús, era totalmente natural tener confianza en Dios porque la obediencia era su norma.

No basta con creer que soy salvo. Tengo también que andar de manera que la salvación de la que me he apropiado con fe pueda hacerse realidad. Este es el camino de la obediencia. Hace poco, un amigo me escribió lo siguiente: “Me parece a mí que uno de los mayores obstáculos para seguir constantemente a Jesús radica en esto: que hablamos constantemente de las acciones de fe y, por lo tanto, poco de la vida cristiana en constante crecimiento. Hablamos de la plenitud del Espíritu como un acto, el bautismo como un acto de obediencia, de permanecer en comunión con Dios, después de habernos entregado totalmente a él, como un acto, etc. Esto es un gran error. Así como lo principal de una paja no son sus articulaciones individuales, lo principal en nuestra vida en el Señor no son los actos individuales. Las articulaciones en la paja no son lo principal, meramente sirven para sujetar las partes nuevas. Le tenemos temor a la experiencia continua del camino, y por lo tanto hablamos de actos individuales. De este modo, no necesitamos negarnos a nosotros mismos, a morir al yo, a esforzarnos, y permanecemos en la carne.”

En el Salmo 25, David ora pidiendo tres cosas:

“Muéstrame, oh Jehová, tus caminos”.

Enséñame tus sendas.

Encamíname en tu verdad.

No basta con conocer el camino, también debemos andar en él paso a paso, y de cuando en cuando tenemos que recibir las instrucciones del Señor a fin de poder andar en el camino correcto.

9. El Cordero nos enseña a tener fe

“Confió en Dios”, gritaban sus enemigos. Jesús mantuvo su fe en Dios durante todo el trayecto hasta su muerte en la cruz. En las tinieblas más profundas confió en su Padre. Cuando bajó al Jordán se presentó como partícipe en la culpabilidad de los pecados del hombre, y cuando en el Monte Tabor decidió tomar la copa del sufrimiento hasta la última gota, sí, en ambas ocasiones, se abrió el cielo y brilló sobre él la complacencia de Dios. Pero cuando llegó al final del Camino de Amor y siguió en la voluntad de Dios hasta completarla en la cruz, el cielo estaba oscuro e impenetrable. En Getsemaní, lo acompañaba sólo un ángel, y junto a la cruz sólo un discípulo y algunas mujeres, de modo que sus enemigos podrían haber dicho lo que parecía ser verdad: ¡Vean cuánto lo ha ayudado su confianza en Dios! Así es que puede suceder que justamente cuando nos esforzamos más que nunca por hacer la voluntad de Dios, menos experimentamos su complacencia. ¡Piensa en Daniel y sus amigos! En este camino se ve pronto si lo buscamos a él o a sus favores.

Poner nuestra confianza en Dios en los días difíciles y oscuros es muy diferente a seguirlo en los días de sol. Leemos en Génesis 15: “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia”. Pero después vino un tiempo de prueba. Abraham buscaba luz, pero las tinieblas lo cubrían; buscó el rostro de Dios, y fue dominado por el terror. Llevó a Dios la ofrenda que le había mandado llevar, y esperó que Dios apareciera y la recibiera; pero en cambio, descendieron las aves de rapiña sobre ella. Sólo cuando oscureció apareció Dios. Y luego vino la solución: “Tu descendencia morará en tierra ajena... y tú vendrás a tus padres en paz”. Fue una prueba difícil, pero Abraham no flaqueó en su confianza en Dios. Descansaba en la seguridad de que Dios era fiel.

Hemos tenido experiencias similares, ¿no es así? Cuando creíamos estar cerca de la meta que nos habíamos trazado, de pronto, Dios la corrió muchos más adelante. Cuando esperábamos haber superado la prueba más difícil, apareció otra aún más difícil. Quizá has entregado tu cuerpo enfermo a Dios para que lo sane. Quisiste depositar tu confianza en él y dejar que él solo tenga la gloria. Trajiste hoy tu ofrenda, esperando una mejora mañana, pero las cosas no hicieron más que empeorar. En lugar de recibir el Señor tu ofrenda y establecer contigo un pacto, aparecen las dudas que te llevan a apropiarte nuevamente de tu ofrenda. En ese momento parece que a Dios no le importa si dependes de él o no.

Pero, ¡espera! si perseveras en ser paciente, ganarás una gran victoria, tanto para ti como para los demás. ¿Sabes por qué el ladrón penitente en la cruz se ha convertido en un personaje tan atractivo y es un guía a la luz y la paz para tantos miles? Porque creyó justo en la hora cuando todo alrededor de su Dios estaba oscuro. Es difícil para nosotros creer cuando todo está oscuro a nuestro alrededor; en cambio, el ladrón creyó a pesar de la oscuridad. De seguro que no habrá sido fácil para él ver al Hijo de Dios en este Jesús moribundo, y llamar Señor a este hombre despreciado. Sólo el Cordero allí a su lado le dio semejante confianza. Él no enseña confianza a la gente, en cambio la da, tal como uno no enseña consuelo, sino que lo da. Dios ha dado confianza como la del ladrón a cientos y miles de corazones. Acércate al lecho de muerte donde un ser humano lucha en las agonías del pecado y la muerte. Preséntale el plan de salvación con las palabras más impresionantes. No le llegará al corazón. Pero dile: “Recuerda al ladrón moribundo en la cruz” y la luz comienza a brillar en su alma, y la confianza y el consuelo comienzan a morar allí. Por lo tanto, no te desesperes si hay oscuridad a tu alrededor, porque el Señor mora también “en la oscuridad” (1 Reyes 8:12). Honra a Dios con tu confianza. “Confío en Dios” significa también tenía su suficiencia en Dios. Si hubiéramos aprendido esto, estaríamos libres de cientos de aflicciones, de preocupaciones y de muchos temores. ¡Todo Dios, yo nada! ¿Qué más necesito? ¿Qué puede dañarme o perturbarme?

10. El Cordero nos enseña a trabajar

“Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho”, leemos acerca de él en Isaías 53:11. Hay trabajos del alma, y el Cordero los realizó más que nadie. Dios nos permite ver cosas que producen lágrimas amargas, pero cuando tomamos el yugo de Cristo, descubrimos que cada alma tiene valor eterno. ¡Oh, que duros e indiferentes somos! ¡Con cuánta frecuencia olvidamos que nuestro trabajo tiene que ver con almas inmortales, que es un trabajo de valor eterno! Mientras miles de almas avanzan rápidamente hacia una muerte eterna, con sus portales cerrados, sus cadenas eternas y sufrimientos sin fin, permanecemos indiferentes, impotentes y crueles porque nos ocupamos sólo de lo nuestro. Son pocos los que pueden decir como Jeremías cuando su pueblo desechó la ley del Señor: “Mis ojos destilan y no cesan, porque no hay alivio” (Lam. 3:49). Jesús lloró sobre Jerusalén, y se entristecía al contemplar la gente. Por eso, la gente también se acercaba en tropel a él. Sólo el corazón compasivo gana corazones. Hay una compasión ante el pecador, a la cual, al final, no puede cerrar los ojos, una compasión que es más fuerte que las palabras. Aprendamos de él.

El capítulo seis de 2 Corintios, donde Pablo habla de su obra, incluye en sus primeros versículos las palabras “colaboradores suyos”. ¿Colaboradores de quién? ¡De Dios! ¿Y cómo trabaja Dios? Pablo da la respuesta en el capítulo 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado”. Jamás podremos entender lo que esto incluye, pero ¿puedes sentirlo? ¡Dios, a su Hijo, lo hizo pecado! ¿Puedes sentir lo que fue que el Hijo fuera hecho pecado, en lugar de otros --¡de sus enemigos! ¡Así obra Dios! Pablo dice: “Yo trabajo como lo hace Dios, doy lo más querido que tengo, y, como él, no tengo miedo de dar mi vida”. Lea todo el capítulo 6 de 2 Corintios y observe hasta dónde se doblegó Pablo, cuan completamente se ofreció a sí mismo. Qué vida de negarse a sí mismo vivió. No diga con demasiada ligereza que es un obrero en el Reino de Dios. ¿Puede decir, “soy un obrero colaborador de Dios”? ¿Es el deber o el amor lo que le constriñe? ¿Trabaja para perder su vida o para encontrarla?

La Biblia generalmente muestra a nuestro Maestro en dos aspectos: como Siervo y como Cordero. Vino a servir, pero su servicio fue más y más uno de cargar. De la forma del siervo nació la forma del Cordero. Observamos los hitos en su camino de servicio, y después de cada uno, el camino se hace más empinado y angosto. El círculo de discípulos se hace más pequeño porque la meta se va haciendo más concreta. Y cuando volvió su rostro hacia la cruz, lo siguió sólo uno. Los otros lo abandonaron. Es probable que hayan podido comprender que sería un Siervo, pero no que tenía que ser un Cordero. El Espíritu Santo lo guió hacia delante, paso a paso, y con cada paso descendió más --todo el camino hasta la muerte en la cruz. Más se iba acercando a la cruz, más clara brillaba la cruz delante de él, y más claro podía verse el Cordero en la forma del Siervo. De un modo similar guía el Señor a sus seguidores. Su servicio se va haciendo cada vez más uno de cargar. Los lleva desde el patio exterior al santuario donde sólo Dios está.

3. LA META DEL CAMINO...

“Y oí la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.—Apocalipsis 19:6-8

Hemos hablado del camino en los pasos del Cordero. Ahora consideremos la meta de ese camino. Sólo el que tiene una meta a la que apuntar, seapurará hacia delante y superará con gozo las dificultades del camino.

El destino del cristiano es la unión visible con el Cordero. En Efesios 5:31, 32, leemos “...y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia”. Consecuentemente, ser “una carne” con él es más que ser un espíritu con él. Los novios se comprometen porque son de un solo espíritu, pero ambos esperan con anticipación el día cuando estén de pie el uno junto al otro y sean declarados marido y mujer. Lo mismo sucede con Cristo y la Iglesia. La Iglesia anhela el momento cuando, como la Esposa, estará de pie con un cuerpo glorificado junto a él.

Cuando las Escrituras hablan del destino eterno de los creyentes, les da dos nombres: “un reino de sacerdotes” (Ver Apoc. 1:6) y “la esposa del Cordero” (Ver Apoc. 19:7. Esto no se ha cumplido aún en nosotros. Si mucho, somos esto en un sentido espiritual, pero éste no es un estado perfeccionado. Es meramente una interpretación espiritual, especialmente de dos nombres, y es un gran obstáculo para la venida del Reino de Dios. Tenemos que aprender a comprender que debemos hacer más que desarrollarnos personalmente, que no debemos limitarnos a nuestras experiencias, que el placer espiritual no es suficiente: tenemos que seguir adelante hacia algo mucho más elevado. Hace poco alguien me dijo: “Sólo recientemente he comprendido claramente que no debemos ocuparnos sólo de nuestra salvación personal. La conversión es una experiencia, el perdón de los pecados es una realidad, la paz con Dios da un gozo profundo. Pero todas estas cosas que tenemos que haber experimentado y debemos poseer, no son en sí mismas la meta, sino únicamente el medio para llegar a ella. Nuestro destino es una unión visible con el Hijo de Dios. Por lo tanto, no debemos detenernos aquí, no sea que seamos contados entre las vírgenes insensatas. Porque el Reino de Dios no adelanta significativamente –y esto, por supuesto, es de primera importancia.”

Nosotros mismos somos salvos a fin de ayudar en la salvación de otros, y esta salvación incluye no sólo al mundo perdido sino a toda la creación que gime de dolor. Cuando Pablo habla de la proclamación del evangelio agranda el círculo para incluir a todos los hombres, pero cuando habla de salvación, agranda aún más el círculo e incluye en él a toda la creación que gime (Rom. 8:19-23). Las penalidades de la creación no preocupan al oído de Dios, sino al nuestro. La expectativa intensa de la creación no es de que el Hijo de Dios sea revelado, sino que sean revelados los hijos de Dios. Por lo tanto cargamos con algo de responsabilidad en la redención de la creación y se nos pone como deuda a nuestra cuenta. Esto nos brinda una visión más amplia de nuestra tarea y nos indica que la meta final no puede ser “ir al cielo” a fin de descansar allí para siempre.

El que se detiene aquí no comprende su llamado como cristiano, y no sabe cuáles son las verdaderas cuestiones en nuestro tiempo y para el futuro. Somos todos miembros del cuerpo de Cristo, él mismo es la Cabeza y de él “todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra” esperan una salvación completa (Apoc. 5). Nos podemos detener únicamente donde Cristo, nuestra Cabeza, se detiene, y él habrá terminado únicamente cuando haya puesto todas las cosas a los pies del Padre, a fin de que Dios pueda ser todo en todo (1 Cor. 15:20-28). Hasta aquel momento, nuestra bendición consiste en servir (Apoc. 22:3), a fin de que juntos con el Hijo llevemos a un mundo perdido a someterse al Padre. De este modo vendrá el Reino de Dios, tal como Jesús nos enseñó a orar en el Padrenuestro. El estado final y perfecto, por lo tanto, no es el “Reino del Hijo” sino el “Reino del Padre”, porque esta es la casa del Padre. El reino de Dios tiene dos aspectos: uno terrenal y uno celestial. El terrenal es el “Reino del Espíritu” en cual ahora vivimos, y el “Reino del Hijo” que se acerca a pasos agigantados; el celestial es el “Reino del Padre”, donde él es Padre y todos los presentes son sus hijos.

Dios nunca se da por vencido, más bien comienza de nuevo. Cada vez que las cosas parecen ir hacia atrás, el Señor, sin embargo, gana un paso hacia delante, tal como lo vemos en la historia del Reino de Dios. Jesús comenzó con doce hombres. A ellos les dio su Espíritu Santo. Según Hechos 15:14, les fue dada la tarea de “tomar de ellos

pueblo para su nombre” de entre los gentiles. Cuando esto sea completado, el Señor regresará a fin de comenzar de nuevo con su pueblo que ha sido salvo, y a través de ellos “anunciar luz” (Hechos 26:23) a los que todavía están en la oscuridad y en la sombra de muerte. Es cuestión de las “primicias” (Sgt. 1:18), un grupo que puede ayudar en la obra de salvación.

Según las Escrituras, no es ahora obra del Espíritu Santo convertir al mundo, sino escoger a un pueblo del mundo. En Hechos 15 leemos de la primera reunión general de los siervos de Cristo. Allí coincidieron en las pautas a seguir en su obra, y en la meta que intentarían lograr: “que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen”. La meta fue enunciada clara y definitivamente. Esto nos concierne también a nosotros. Todas las obras que no se realizan según estas indicaciones no pueden ser confirmadas por el Espíritu Santo. No basta con que ofrezcamos dirección a la gente con respecto a la conversión a Cristo, nosotros mismos debemos llevarlas a Cristo. Entonces estaremos haciendo un trabajo de acuerdo con las instrucciones dadas por el Espíritu Santo, un trabajo que tiene importancia para el Reino de Dios.

La conversión y vida de muchos creyentes tienen valor sólo para su propia salvación personal, pero no para el Reino de Dios. ¡Hay una diferencia entre “morir salvo” –como decimos a veces—y servir a Dios como reyes y sacerdotes en el Reino venidero! Pablo le dice a los corintios: “os celo con celo de Dios” a fin de poder “presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Cor. 11:2). A los filipenses les dice que si no logran esta meta habrán corrido y trabajado en vano (Fil. 2:15, 16). ¡Oh!, cuántos de nuestros obreros, vistos desde este punto de vista, recibirán la calificación: ¡En vano! ¡Sí, muchas obras serán vistas como un gran error!

Esto nos ayuda a comprender por qué, a pesar de todo el trabajo realizado, se logra tan poco. ¡Falta el sello del Espíritu! Y más que eso, porque uno no trabaja según el plan del Espíritu Santo lo entristece por la obra que justamente quiere realizar para Dios. Porque, a luz de su contexto, las palabras “no contristéis al Espíritu Santo” (Ef. 4:30) señalan al día de salvación –a saber, la venida del Señor. Cada miembro del cuerpo de Cristo que se frena, y no se deja llevar a la madurez, constriñe al Espíritu Santo, el Maestro arquitecto del cuerpo de Cristo. Esto impide el desarrollo de todo el cuerpo. Cuando pecho hoy, no pecho sólo contra Dios y contra mí mismo, sino contra todo el cuerpo de Cristo, del cual soy un miembro. De este modo hemos de comprender también el significado más profundo de estas palabras: “Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él” (1 Cor. 12:26).

No nos debemos detener en la seguridad de la salvación (Heb. 6:11), porque esto, según Hebreos 6, corresponde a los inicios de la vida cristiana, no a su completa madurez. Hay algo mucho más profundo que la seguridad de la salvación, y esto es la percepción de que pertenecemos junto con Cristo. Somos llamados y escogidos, predestinados desde la eternidad para el Hijo (Ef. 1:4). Existe una gran diferencia entre estos dos: que si me considero como uno que es “encontrado” o como uno que es “escogido”. Hay algo accidental en ser encontrado, pero cuando soy escogido, reconozco la gracia eterna de Dios sobre mí. Las Escrituras nos designan como llamados y escogidos, y hemos de mantenernos siempre arraigados a lo que ellas dicen (2 Tes. 2:14; 1 Pedro 1:15, 2:9, 5:10, 13).

Cuando alguien se convierte, comienza una vida de comunión con Dios; pero los comienzos de Dios con esa persona se remontan muy lejos en el pasado, hasta la eternidad. En Efesios 1:4 leemos que “os escogió en él antes de la fundación del mundo”. Y en Juan 6:37, Jesús dice: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí”. Si he acudido a Jesús, es para mí una prueba de que me cuento entre las almas benditas que el Padre ha dado al Hijo.

Si hemos comprendido esta verdad de que nuestro lugar es pertenecer junto con el Hijo de Dios, haremos tres cosas:

Por primera vez agradeceremos a Dios desde lo más profundo de nuestro corazón que hemos nacido como un ser humano –algo que quizá muchos no hemos hecho nunca hasta ahora. Entonces ha llegado el momento cuando el amor de Dios se derrama abundantemente en nuestro corazón. Recibimos esa nobleza espiritual que nos eleva por sobre las alegrías y las penas de nuestra vida terrenal.

Ya no bajaremos la Palabra de Dios al nivel de nuestra experiencia, como lo hemos estado haciendo por tanto tiempo. En cambio, dejaremos que los ideales y las metas de las Escrituras permanezcan y nos esforzaremos por alcanzarlos, como dice Pablo: “por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús”. Porque no recibimos la Palabra de Dios meramente según nuestros sentimientos, sino según lo que Dios siente y necesita.

Viviremos como extranjeros en este mundo. Sus placeres ya no nos atraerán, y sus sufrimientos ya no nos atemorizarán. Cuando Rebeca vio a Isaac, su novio, bajó apresuradamente de su montura y puso un velo sobre su rostro. Desde ese momento, no quería complacer a ningún otro, no quería ser atractiva para otro que no fuera él. Tal será también nuestra actitud cuando hayamos comprendido claramente que le pertenecemos a él

4. EL QUE VIENE....

“No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque un poquito, y el que ha de venir vendrá, no tardará.”—Hebreos 10:35-37

“Der Herr bricht ein um Mitternacht, jetzt ist noch alles still”² dice una antigua canción. Cuando Zinzendorf escribió este canto, hace más de cien años, esas palabras eran ciertas. Pero alabado sea Dios, ahora ya nada está en silencio. Aun si el pueblo de Dios en general tiene pocas expectativas en cuanto al retorno del Señor, o interés en él, hay, no obstante, un grupo que ha despertado y que espera “de los cielos a su Hijo” (1 Tes. 1:10).

El gran evento que los hijos de Dios esperan con anticipación es la venida del Hijo de Dios, no el derramamiento del Espíritu Santo. No encontramos entre los escritores apostólicos del Nuevo Testamento ninguna exhortación de esperar un derramamiento del Espíritu. Los apóstoles no prepararon a sus congregaciones para la venida del Espíritu Santo sino para la venida del Señor Jesús. Lo que ha llevado a muchos hijos sinceros de Dios a esperar un derramamiento del Espíritu es la pobreza espiritual entre el pueblo de Dios en general, y la convicción de que debido a cómo es el pueblo de Dios en la actualidad, nunca podremos superar los tiempos difíciles que se avecinan –dicen que tenemos que recibir una revelación del cielo, una revelación de Dios.

Los apóstoles no hablaban de la “venida” del Espíritu Santo, sino de “recibir” el Espíritu Santo. Jesús recibió el Espíritu Santo cuando bajó al río Jordán, presentándose así como partícipe de la culpabilidad de la humanidad. Recibió el Espíritu Santo en la forma de una paloma. Si bajamos nosotros por este camino al Jordán y nos encontramos con el Espíritu Santo con un corazón confiado, ya nada nos impedirá recibir una bendición más profunda del Espíritu. En nuestra época la cuestión no se trata de un derramamiento del Espíritu sino de madurar espiritualmente. Cuanto más nos acercamos al tiempo de la siega, mayor es el calor y menos llueve. No esperes una bendición especial, porque Pedro dice: “Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder” (2 Pedro 1:3).

La venida del Hijo de Dios es la verdadera esperanza de los creyentes, como podemos leer en Hechos 1:11, Tito 2:13, 1 Cor. 1:7, Fil. 3:20 y en muchos otros pasajes. Los cristianos primitivos la esperaban constantemente y con anticipación. La Iglesia en su primer amor esperaba a su Señor. ¡Con cuánta frecuencia Jesús mismo y sus apóstoles nos amonestan a esperar su venida y apurarnos a recibirlo! El retorno del Señor no es un tema del que se ocupan ciertos eruditos, pero es el gran tema de las Escrituras y debe también ser el nuestro. Todos estamos muy conscientes del hecho que nuestras congregaciones necesitan una renovación espiritual.

“¿Cómo puede haber una renovación espiritual?” le pregunté a un misionero. “Cuando la esperanza del retorno del Señor llega a ser algo vivo en nuestras congregaciones”, contestó. Visto a la luz de las Escrituras, es ésta la mejor respuesta. Insta Pablo a los tesalonicenses que se vistan con “la esperanza de Salvación como yelmo”. El yelmo de la esperanza llena de seguridad no es otra cosa que la Esperanza Viva en el retorno del Señor. Mientras esto no viva en nuestro corazón, nos falta una pieza esencial de la armadura del Espíritu. ¿Por qué tantos se quedan frenados donde están? ¿Por qué tantos son sensibles, se ofenden tan fácilmente y se sienten siempre abandonados y marginados? Les falta el yelmo de la esperanza.

Imagínate una congregación de trescientos en que hubiera treinta que realmente estuvieran esperando al Señor. ¡Qué santidad y qué luz podrían dar a la congregación! Juan dice: “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:3). El que no tiene esta esperanza, no se purifica a sí mismo. Aquellos que realmente están esperando no necesitan ser exhortados a “purificarse a sí mismos”, lo hacen sin que nadie de afuera se los diga. No necesitan que los insten a seguir adelante, a negarse a sí mismos, a humillarse a sí mismos; sencillamente les resulta natural esforzarse para ser como el Cordero. No se purifican a sí mismos sólo de pecados sino que también de sí mismos, a saber, de su propia mentalidad, su propia naturaleza, de todo aquello que no es del Señor y que no va dirigido hacia él. Mientras no tengamos esta Esperanza, realmente estamos sin esperanza; y todos conocemos el estado de tales personas.

Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.”—Apocalipsis 2:4

² “El Señor vendrá a medianoche, y sin embargo, toda la tierra está en silencio.”

Durante varios años no podía contestar esta pregunta: “¿Qué es el primer amor?” El “primer amor” no podía ser lo que yo y otros entendían que era durante tanto tiempo, porque estas cosas, las tenía la congregación en Éfeso. Ésta recibió una alabanza multiplicada por diez, no obstante, después de esto hay un: “Pero”. Los efesios no habían perdido sino que habían dejado su primer amor. ¿Cuál es el primer amor? Hasta donde puedo comprenderlo ahora, es la esperanza viva en el retorno de Jesús. Éfeso representaba a la Iglesia durante los primeros siglos: comenzó a dejar a un lado la esperanza de la venida del Esposo Celestial, dejó su primer amor.

¿Qué diríamos de una novia que esperara recibir todo de su novio, excepto él mismo? Diríamos: “Hija, ya no tienes la actitud correcta hacia tu novio; has dejado tu primer amor.” Pero, si vamos a ser completamente honestos, tenemos que decir: “¡No podemos dejar el primer amor, porque todavía no lo hemos tenido!” Somos como la princesa en el Salmo 45 que fue llamada por el rey pero no comprendía lo que esto significaba, y por lo tanto se aferraba a las cosas de su casa. Fue necesario que el rey volviera a llamarla diciendo: “Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; y deseará el rey tu hermosura...” Quiera el Señor abrir nuestros oídos a su llamado y abrir nuestros ojos para tener una visión de él, para que “el primer amor” se avive también en nuestro corazón, y podamos ser un pueblo que le sirve y lo espera.

Hasta aquí muchos hemos sido como el hermano que cierta vez dijo: “Por muchos años ha sabido que soy convertido, pero no sabía con qué propósito. Hace mucho que he sabido que estaba sellado por el Espíritu Santo, pero no sabía con qué fin. Pero lo supe cuando pude entender claramente 1 Tes. 1:9, 10 y Ef. 4:30: somos convertidos para servir al Dios vivo y verdadero, y ‘esperar’ a su Hijo del Cielo”. Éste es el propósito de nuestra conversión, y la recompensa es la salvación de “la ira que vendrá” (Apoc. 3:10), de la gran tribulación que vendrá sobre todo el mundo. Serán salvos los que tienen estas dos características de una conversión auténtica: servicio y espera expectante.

Nada impide esta salvación excepto la preparación que nos alista para recibirla. La razón por la cual el Señor no puede aún llevarse a su pueblo de “la ira” que vendrá es que éste todavía no se ha reunido y preparado para su venida. Cuando venga el Señor ahora, no vendrá para juzgar al mundo, sino para salvación de los que lo esperan (Hebreos 9:28). En el mismo versículo leemos: “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan”. Es decir, mientras que en su primera venida cargó con el pecado, en su última venida juzgará al pecado –no tendrá entonces ninguna relación con el pecado. No asocia esta venida con el pecado, sino con los “santos” y los “glorificados”, como podemos leer en el Salmo 16. Viene a los suyos como una radiante estrella de la mañana, silenciosamente, sin que el mundo que duerme se dé cuenta. “Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios... habiéndonos vestido con la coraza de la fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo” (1 Tes. 5:6-8).

